

AMPARO DÁVILA

Árboles Petrificados

CUENTOS

Digitalización: Innombrable

Revisión y corrección: Innombrable (necroteka)

PLANETA

Diseño de portada: Karla Noriega Rincón

© 1977, 2001, Amparo Dávila
Derechos Reservados
© 2001. Editorial Planeta Mexicana. S.A. de C.V.
Avenida Insurgentes Sur núm. 1162
Colonia del Valle, 03100 México. D.F.

Primera Edición: julio del 2001.

Impreso en los talleres de Editores Impresores Fernández S.A. de C.V.
Retorno 7 de Sur 20 núm. 23-F, colonia Agrícola Oriental, México, D.F.

Impreso y hecho en México - *Printed and made in México*

A mi madre †

A Jaina y a Loren

EL PATIO CUADRADO

Atardecía y desde el patio descubierto se podía ver un crepúsculo tan enrojecido como un incendio o como un mar de púrpura. Era uno de esos patios de provincia, cuadrados, con corredores y habitaciones a cada lado. Horacio estaba junto a mí mirando el atardecer, y en los rincones de los corredores unos embozados permanecían replegados y quietos como si fuera un coro secundario; un acompañamiento en sordina, o a *sotto voce*. No sé si sería por aquel ocaso ensangrentado o porque era esa hora de la tarde en que uno se siente especialmente triste que ninguno de los dos hablábamos. De pronto descubrí la silueta de un hombre que se recortaba contra el fondo rojísimo del cielo como un puñal negro, clavado en el borde mismo de la cornisa del patio. Un mínimo impulso bastaba para que se precipitara al vacío.

—Se va a matar —le dije a Horacio.

—Se va a matar —dije de nuevo, porque el hombre permanecía sin dar un paso atrás, como si estuviera resuelto a lanzarse.

Busqué con la mirada a Horacio pero ya no estaba junto a mí. Me tranquilizó saber que había comprendido mi mensaje y lo iba a salvar. Ansiosamente esperé verlo llegar detrás del hombre; pero los minutos pasaban y Horacio no aparecía. Mientras el atardecer se desgaja en jirones sangrantes.

Entonces supe que Horacio estaba frente al suicida en el otro extremo del patio, en idéntica actitud: como dos dagas clavadas frente a frente, como dos neones en un tablero de ajedrez.

—Se va a matar —dije, ya sin esperanza, mirando al desconocido.

En ese mismo instante Horacio se precipitó al vacío. Los embozados que habían permanecido inmóviles todo el tiempo lanzaron un graznido siniestro y se arrojaron voraces sobre el cuerpo caído, cubriéndolo con sus alas parduzcas y membranosas.

Yo comencé a retroceder, a retroceder... Entré en el cuarto donde se guardaban los juguetes de la infancia, pero aquella habitación llena siempre de muñecas, pelotas, osos, patines, era ahora un enorme vestidor con percheros repletos de ropa. Una vez que se entraba ahí ya no era posible ver sino prendas de vestir por todos lados, como si fuera una tienda de empeño o de esas en que se alquilan trajes para toda ocasión. Había cientos, miles de vestidos lindos y costosos de los estilos y olores más diversos; cualquier prenda de ropa que uno pudiera desear estaba allí. Con gran entusiasmo me dediqué a probarme todas las cosas, pero nada me quedaba bien, o era grande o era chico, largo, apretado. No había nada a mi medida, nada. Comencé a desesperarme y a sufrir verdaderamente por no encontrar algo de mi talla, pero no cesaba en mi empeño y me medía vestidos y más vestidos, y abrigos y sacos y capas, blusas y faldas y *négligés*. Estaba muy atareada cuando oí que me llamaban por mi nombre una y otra vez. Reconocí la voz de Olivia que salía de entre la ropa.

—Olivia, ¿dónde estás?

No hubo respuesta a mi pregunta, pero volví a oír el mismo llamado.

—Olivia, Olivia, ¿dónde estás?

—Aquí estoy, en el centro del cuarto —contestó entonces con una voz muy queda, como si la ropa la sofocara.

Me puse a remover trajes y más trajes tratando de apartarlos y despejar el camino hacia ella. Lograba pasar entre un perchero y encontraba otro y después otro y luego otro y otro, como si la ropa y los percheros se multiplicaran y no me dejaran nunca llegar hasta Olivia. Por fin conseguí salir de aquel mundo de ropa y verla vestida toda de negro y velado el rostro por gasas también negras. Estaba de pie en el centro de un círculo, una circunferencia pequeñísima que parecía pertenecerle.

— ¿Qué haces aquí? —le pregunté.

Ella avanzó un paso, o nada, pero yo sentí que se encaminaba hacia mí, mientras sus manos apartaban las gasas que la velaban.

—Estoy muerta —dijo—, ¿no te has dado cuenta de que estoy muerta, de que hace mucho tiempo que estoy muerta?

Y al apartar los velos que la cubrían yo tuve ante un rostro hueco, una cavidad donde yo miraba al vacío.

—Estoy muerta, muerta...

Y siguió avanzando lentamente hacia mí. Yo me lancé entre aquella maraña de vestidos, que ahora volaban y eran negros murciélagos y búhos y buitres y telarañas que mis manos arrancaban en la huída...

Yo comencé a retroceder, a retroceder...

Me precipité dentro de una habitación donde había dos hombres de edad, sentados frente a una mesa triangular, leyendo un gran libro bajo la luz blanquísima de una lámpara de látigo. Mi súbita aparición los sobresaltó y levantaron la vista del volumen para observarme con todo detenimiento. Alcancé a ver que leían *La interpretación de los sueños*, por lo que encontré muy conveniente y oportuno consultarles algo que me preocupaba mucho desde hacía tiempo. Accedieron a mi súplica y me invitaron cortésmente a tomar asiento frente a la mesa en el tercer ángulo que estaba desocupado.

—Un hombre, el mismo siempre, me persigue con un enorme puñal todas las noches cuando duermo. Es un tormento indecible el temor con que vivo de que algún día me dé alcance y yo no despierte más —les dije.

—Bien sé yo lo que es eso —dijo el menos viejo de los dos—, yo sufro la persecución diaria, constante, de una nube de mariposas negras que aparecen siempre en cualquier momento, en cualquier parte donde me encuentre. Es una nube espesa que se cierne sobre mi cabeza y que, si corro, se desplaza con el mismo ritmo de mi carrera no dejándome sitio donde protegerme y librarme de ella; me persigue sin descanso como una sombra delatora proyectada hacia arriba; a veces la siento ya tan cerca de mí que tengo que llevarme las manos sobre la cabeza y correr agachado, casi pegado al suelo, para evitar el roce de sus alas tamizadas de un polvo parduzco y rancio...

—Imágenes, símbolos, persecución siniestra —gritó el más viejo, interrumpiendo al otro—, no hay escapatoria posible al huir de nosotros mismos; el caos de adentro se

proyecta siempre hacia afuera; la evasión es un camino hacia ninguna parte..., pero no hay que sufrir ni atormentarse, iniciemos el juego; el ambiente es propicio, sólo la magia perdura, el pensamiento mágico, el sortilegio inasible de la palabra...

—Sí, encendamos el fuego, hay que adorar al fuego, la magia roja, vibrante y abrasadora —decía el otro hombre sacando su encendedor, y el encendedor era un gran falo metálico, pulido y reluciente.

Los dos hombres iniciaron una hoguera con todo lo que había en la habitación, rompiendo sillas, bancos, apilando cojines, libros y papeles que sacaban de un gran archivero verde.

— ¡Que vengan ahora las mariposas negras! — gritaba el menos viejo, dándose golpes en el pecho como un hombre de las cavernas—. ¡Sí! ¡Que vengan las mariposas negras a quemar sus pinches alitas en el fuego ancestral, el fuego que no se consume nunca, el fuego infinito de ayer, de hoy y de mañana...

— Éstas son las memorias de mi infancia —gritaba riéndose a carcajadas el más viejo—, *Requiescat in pace* en ti, ¡oh fuego!, ¡oh magia roja!, ¡oh matriz redonda y tibia que nos abortaste! —y despedazaba amarillentos papeles.

El otro hombre danzaba alrededor de la hoguera y deshojaba sus cartas de amor.

—Me quiere, no me quiere, mucho, poquito, nada, me quiere, no me quiere, mucho, poquito...

—Ayúdame —gritaba el más viejo mientras sacaba un enorme fajo de recibos, muchos de ellos timbrados—, incineremos las rentas, los recibos de la luz, del teléfono y del gas; los recibos de las prostitutas que hemos archivado para llevar un minucioso inventario de entradas y salidas, para ser disciplinados y exactos en nuestra contabilidad sexual y económica, como los seres ordenados que llevan su vida al día y que escriben su diario y sus memorias.

Yo comencé a desnudarme, e iba arrojando a la hoguera las prendas que me quitaba; como la única cooperación que podía ofrecerles para alimentar el fuego. Ellos, muy ocupados en su trabajo, sólo levantaban, de cuando en cuando, los lentes empañados por el humo y sonreían bastante complacidos por aquella espontánea muestra de colaboración.

—No, eso no, eso no —gritó el menos viejo al ver que el otro hombre iba a arrojar al fuego tres cartapacios repletos de fotos—, eso no, jamás, que se salven los retratos pornográficos, ¿qué haríamos después, sin ellos? — dijo bajando el tono de la voz hasta que llegó a ser sólo un dulcísimo murmullo—, ¿qué haríamos sin ellos esas largas noches del insomnio? —y de sus ojos empezaron a rodar densas lágrimas—, piensa que nuestra imaginación ya no es una virgen impetuosa sino una anciana que se fatiga y solicita ayuda para atravesar una calle...

—Bien, rescataremos los retratos pornográficos —dijo el más viejo totalmente convencido por las pesadas lágrimas y el razonamiento tan sensato de su amigo.

—Rescataremos los retratos pornográficos, matarili, rili, rili, matarili, rili, ron — cantábamos ahora los tres tomados de las manos alrededor del fuego—, matarili, rili, rili, matarili, rili, ron, ¿qué quiere usted, matarili, rili, ron...?

Yo comencé a toser sin parar porque el polvillo de las alas quemadas de las mariposas negras se me metía hasta la garganta, y el humo comenzaba a asfixiarme. Sin despedirme de ellos, abrí la puerta y salí.

Y comencé a retroceder...

Me encontré en un gran salón lleno de libros, algo así como una gran biblioteca o librería en reparación, puesto que los volúmenes se apilaban en el piso o sobre los bancos y los estantes estaban vacíos. Por todos lados había libros. Un joven flaco y pálido los sacudía con un plumero anaranjado, pero no hacía nada por acomodarlos en los anaqueles. Al verme se encaminó hacia mí y me preguntó si deseaba algún libro.

—Hace tiempo que busco el *Rabinal Achí* —le contesté.

—¿El *Rabinal Achí*? —preguntó sorprendido.

—Sí, el *Rabinal Achí*.

—Es bastante absurdo querer leer el *Rabinal Achí* sin ninguna preparación, así como así —dijo muy serio rascándose el mentón con un dedo largo y amarillento—; no, no es posible.

— ¿Puede decirme por qué?

—Pero..., ¿es que no sabe usted que para leer ese libro se necesita haber llegado a un grado especial, es decir a un estado de gran pureza mental?

—Nunca lo he sabido, ni me interesa —le contesté marcando bien las palabras. Él se encogió de hombros y se me quedó mirando fijamente.

—Y qué clase de pureza se requiere para poder leerlo? —pregunté, ya en un tono más amable.

—La lograda a base de una diaria y ardua disciplina del espíritu y del cuerpo —dijo displicente, y siguió sacudiendo libros.

— ¿Y eso cómo se adquiere, mediante cuáles prácticas?

—Bueno, es bastante complicado de explicar, tomaría mucho tiempo —y se fue sin más a atender a un señor que había llegado.

Yo me quedé sin saber qué pensar, muy extrañada y molesta por la actitud del joven pálido. Casi al momento regresó y me dijo:

—Creo que puedo recomendarle para empezar el entrenamiento, o sea como un simple paso de iniciación, el *Hatha Yoga*.

—¿El *Hatha Yoga*? No me parece nada del otro mundo. Debe usted saber que durante años me he parado de cabeza todas las mañanas al levantarme.

—Eso no es nada —dijo con sarcasmo—, cuando usted pueda hacer esto hablaremos —agregó a tiempo que se elevaba como un metro sobre el piso y colocaba un libro en la tabla más alta del librero—, o esto —añadió mientras tomaba aire por la nariz y yo veía cómo se sostenía sobre el piso sólo con el dedo índice de la mano izquierda y todo su cuerpo era una línea con los pies hacia arriba y la cabeza hacia abajo sin tocar el suelo.

—¿Nada fácil, verdad? —dijo volviendo a su posición normal.

—¿Y cuánto cuesta el *Rabinal Achí*? —se me ocurrió preguntar, ya bastante molesta por la marcada impertinencia de aquel jovencito tan flaco y pálido.

—¿Que cuánto cuesta el libro? Usted no puede comprarlo, mi estimada señora.

Busque en mi bolsa para saber cuánto llevaba y que tenía cerca de doscientos pesos.

—Tengo dinero suficiente para comprar ese libro y otros que se me antojen —le contesté golpeando las palabras.

—No se trata de dinero, señora. Usted no comprende...

—Pero entonces, ¿cómo puedo...?

—Su valor no es material, se lo he dicho a usted, hay que merecerlo o ganarlo, rescatarlo si usted quiere.

Como se dio cuenta de que yo no entendía nada, dijo en un tono más cordial:

—Venga conmigo, le mostraré dónde se encuentra el *Rabinal Achí*.

Lo seguí y pasamos a otro salón donde había una piscina en el centro.

—Mire al fondo.

En el fondo de la piscina que estaba iluminada como si fuera un escaparate había muchos libros. Las letras fosforescentes de los títulos bailaban en el agua: r...a...b...i...n...a...l...a...ch...í ...sí, *Rabinal Achí*, ahí estaba.

—Pero ¿qué hacen los libros dentro de la piscina? —le pregunté sorprendida—. ¿No se mojan?

—Nada les pasa, el agua es su elemento y ahí estarán bastante tiempo hasta que alguien los merezca o se atreva a rescatarlos.

—¿Por qué no me saca uno?

—¿Por qué no va usted por él? —dijo mirándome de una manera tan burlona que me fue imposible soportar.

—¿Por qué no? —contesté al tiempo en que me zambullía en la piscina.

Al tirarme pensé que habría como dos metros de profundidad y que con la sola zambullida llegaría hasta el fondo, pero la piscina resultó más honda y los libros estaban mucho más abajo de lo que calculaba. Seguí sumergiéndome y cuando ya creía que mis manos tocarían los libros me daba cuenta de que estaban aún más abajo, todavía más, y así seguí hundiéndome más y más, cada vez más, en el agua iluminada y fosforescente, hasta que sentí que ya no tenía casi aire, que solamente me quedaba el necesario para salir y respirar. Comencé entonces a nadar hacia arriba con toda la rapidez de que era capaz, no deseando ya ni libros ni ninguna otra cosa sino respirar, respirar hondo, llenar los pulmones, respirar una vez más, una vez más, y subía y subía ya sin aire, desesperada por respirar un poco de aire, de aire, de aire... hasta que mis manos chocaron con algo duro y metálico, algo como una tapa, como la tapa de un enorme sarcófago.

LA RUEDA

Al salir de Sanborns¹ de Niza, después de haber desayunado con una amiga mi acostumbrado jugo de naranja, café y tostadas con mantequilla, un sol tibio inundaba las calles. En mi reloj eran cerca de las nueve, y contaba aún con media hora antes de asistir a la cita con el señor Fernández. Decidí hacer un poco de tiempo mirando los aparadores. Me detuve frente a uno de la calle de Hamburgo que atrajo especialmente mi atención por unas preciosas bolsas de cocodrilo de excelente calidad y de modelos originales y novedosos, así carteras, cinturones, billeteras y otros muchos objetos de piel. En un espejo que se encontraba en interior de la tienda me vi reflejada, lo que aproveché para arreglarme un poco el cabello. Cuando me estaba retocando el peinado, llegó un joven y lo colocó a mi lado. Al sentir su mirada me di vuelta y lo contemplé frente a frente. Era un hombre joven, moreno. Un fuerte escalofrío me recorrió de pies a cabeza. No podía ser otra persona, nadie más, sino él. "¿E...res Mar...cos?" "Sí", escuché; pero sus labios no se movieron al hablar. Presa de una indecible angustia y de un terror indescriptible, de ese terror que entra en la vida por las puertas del alma, comencé a caminar rumbo al despacho del señor Fernández. Hubiera querido correr, emprender una loca y desenfrenada carrera y perderlo de vista; pero un fuerte temblor se había apoderado de todo mi cuerpo, y mis piernas apenas lograban sostenerme. Mi corazón daba tumbos golpeando sordamente. De reojo, porque no me atrevía a verlo abiertamente, lo miraba caminar junto a mí, casi pegando su cuerpo al mío. De pronto, al atravesar la calle, el pavimento se agrietó y caímos los dos en un negro abismo, pero no nos precipitamos de golpe hacia las profundidades sino que descendíamos como dentro de un remolino o de una fuerza centrífuga que nos envolvía y nos jalaba hacia sus entrañas. Allí, juntos, atraídos por aquella fuerza arrolladora e irresistible, alcanzaba a ver a Marcos a través de la escasísima claridad que aún se filtraba de la superficie. A veces veía su cuerpo completo, desnudo, esbelto y hermoso como había sido; otras, la cabeza sola, o el cuerpo mutilado; después, sólo miembros sueltos, un brazo, una pierna, una mano, dedos crispados, los ojos, la boca distorsionada por una sonrisa sarcástica. "No, por Dios", grité desesperada; es decir, grité dentro de mí, porque ya la voz no salía de la garganta y sólo el pensamiento nos comunicaba. "No, no quiero morir aún, déjame, tengo innumerables cosas por hacer, mi familia, mis amigos, todo lo que amo, tengo mucho, mucho que terminar en la vida, todo lo que me fue encomendado y debo cumplir antes de irme, no, no deseo, no quiero morir ahora, no estoy dispuesta todavía, déjame salir, volver a la superficie, a la luz, al sol que amo, a esas pequeñas cosas que se nos dan sin tributo, tú estás muerto desde hace tiempo ya no puedes hacer ni exigir nada, ya no tienes qué hacer aquí en la tierra, debes entenderlo, aléjate, aléjate de mí, vete al sitio que te corresponde, en donde debes estar, en donde descansarás con los que te precedieron, yo quiero vivir, vivir, hay sangre caliente corriendo por mis venas, hay tanto deseo, tantos deseos insatisfechos y dañando, exigiendo su realización, déjame seguir viviendo, por piedad, he salido hace tan poco tiempo del infierno, estoy aún en pleno purgatorio, tú lo sabes bien, no he sabido sino de torturas y dolores, angustia y soledad, antes de morir quiero

¹ Sanborns: Tiendas en México que incluyen Restaurant, Cafetería y Bar. Nota Edición Digital.

conocer muchas cosas en las que he soñado siempre, países, mares, ruinas, sitios hermosos, todo lo que alimenta al espíritu, conocer también antes de morir un hombre verdadero, total, íntegro, un hombre en toda la extensión y sentido de la palabra, y no sólo fragmentos y despojos de seres humanos, aproximaciones o dolorosas caricaturas de un hombre con imágenes desleídas o terribles que desgarran el alma y las entrañas, conocer un hombre auténtico, sentir tú amor y gozarlo, comprobar que existe la ternura verdadera y sencilla, la tranquilidad, la paz del alma, la dicha burguesa y limitada de la mayoría de las gentes que van los sábados al cine y los domingos a comer al campo, quiero vivir, quiero ver otra vez el mar, el cielo, los ojos de mis niñas, no quiero, no quiero morir aún, déjame por Dios, déjame vivir... "Y entre aquella negrura, porque la luz ya sólo era un recuerdo, yo sentía aquellos miembros fríos, desarticulados y como gelatinosos que se adherían a mi cuerpo como si fueran ventosas o sanguijuelas enloquecidas que trataban furiosamente de chuparme la vida, absorber mi ser, arrastrándome más abajo, más abajo, cada vez más abajo, sin apiadarse de mi desesperación, ni de los gritos que se transformaban en sordos ronquidos, o estertores, dentro de mi garganta. Entonces, sí, entonces, llegó desde muy lejos un largo timbre que cada vez iba aumentando en intensidad. Abrí los ojos y respiré honda, profundamente. Estaba empapada en sudor frío, mi corazón latía descompasado y la respiración era tan agitada como si hubiera corrido a través de la larga noche. "Las siete de la mañana, gracias a Dios son las siete de la mañana", me oí decir de manera casi automática, al tiempo en que experimentaba una gran alegría, la alegría de estar viva aún y no muerta, o camino hacia la muerte como en el terrible sueño recién terminado. Sí, era maravilloso el estar con vida a las siete de la mañana de un lunes de agosto y haber salido de aquel desquiciante sueño.

—Buenos días, señora, aquí está su té —dijo Juana y me acercó la taza que tomaba siempre al despertar—; pero, ¿qué le pasa? Está muy pálida, ¿se siente mal?

—No, estoy bien, sólo que tuve una pesadilla, una horrible pesadilla, pero gracias a Dios terminó. ¿Ha llamado alguien por teléfono?

—La señorita Teresa llamó anoche, antes de que usted llegara, para recordarle que van a desayunar juntas.

Tomé el té y me metí a la regadera. Con el agua aliente cedió la tensión de los músculos y, después de frotarme el cuerpo con mi colonia favorita, me sentí tan bien como si hubiera tenido un buen descanso. Me vestí y arreglé cuidadosamente pues tenía que ver a varias personas después de desayunar con mi amiga Teresa.

El cielo estaba limpio, con un azul increíble cuando salí de casa, cerca de las ocho. Con gran desencanto, al sacar el automóvil me di cuenta que éste tenía una llanta completamente baja, "siempre tienen que suceder estas cosas cuando uno lleva prisa", y me dispuse a buscar un taxi, bastante contrariada, sabiendo que a esa hora es casi un milagro encontrar uno. Teresa ya habría llegado, sin duda alguna, porque las dos gustábamos de la puntualidad. Como lo temía no logré conseguir ningún taxi y tuve que tomar dos camiones para llegar hasta *Sanborns* de Niza donde me esperaba mi amiga. Cuando por fin logré llegar ella ya había empezado a desayunar. Entraba a su trabajo a las nueve y sólo faltaba media hora. Me tranquilizó encontrarla comiendo tranquilamente, y comencé a contarle mis contratiempos.

—Pero, ¿qué vas a desayunar ahora? —preguntó interrumpiendo mi relato y sonriéndose porque de sobra sabía que nunca varío mi desayuno.

—Lo mismo de siempre.

—No cabe duda de que comes como un pajarito. Yo no me explico cómo puedes vivir y trabajar con esa alimentación —decía mientras devoraba sus huevos con tocino y frijoles refritos, y yo bebía lentamente mi café, después de haber tomado el jugo de naranja y untaba una tostada con mantequilla.

—No me vas a creer si te cuento que Elvira ya se va a casar.

—¿Es en serio, o estás bromeando? —le pregunté.

—No, no, te lo digo en serio, ya avisó que trabaja sólo hasta el día último.

—¿Y cómo le hizo?

—Todo el mundo dice que es un milagro patentado, con esa cara y ese cuerpo —y se sirvió otra taza de café.

—Además, es una tremenda enredosa. Yo siempre le saco la vuelta.

—Y como tú todo el mundo. La que está que se muere de rabia es la Güera. ¿Te acuerdas de las apuestas que hizo con todo el mundo?

Y así, entre comentarios de la última película, de la barata del Palacio de Hierro, de la carta de Luis Mario, de los zapatos de Pertegaz que son un verdadero primor y tan cómodos, y quedando en vernos el sábado a las siete de la noche para ir a la exposición de pintura francesa, Teresa se fue corriendo a los cinco para las nueve y yo todavía me fumé otro cigarrillo, con toda calma.

Al salir de Sanborns, un sol tibio bañaba las calles. En mi reloj eran las nueve, y yo contaba aún con media hora antes de asistir a la cita con don Manuel Fernández. Decidí hacer un poco de tiempo mirando los aparadores. Me detuve frente a uno de la calle de Hamburgo que atrajo especialmente mi atención por unas preciosas bolsas de cocodrilo, de excelente calidad y modelos originales y muy novedosos, así como carteras, cinturones, billeteras y otros muchos objetos de piel. En un espejo, que se encontraba en el interior de la tienda, me vi reflejada, lo cual aproveché para arreglarme un poco el cabello. Cuando estaba retocando mi peinado llegó un joven y se colocó a mi lado "Al sentir su mirada me di vuelta y lo contemplé frente a frente. Era un hombre joven, moreno. Un fuerte escalofrío me recorrió de pies a cabeza. No podía ser otra persona, nadie más, sino él. Pero, ¿usted no es Marcos, verdad...?"

LA NOCHE DE LAS GUITARRAS ROTAS

Una tarde de sábado, de esas en las que uno sale a comprar cualquier cosa, o simplemente a vagar horas y horas por el centro de la ciudad y se detiene en cada aparador observando cuidadosamente todos y cada uno de los objetos como si entre ellos se fuera a encontrar una ganga, o alguna otra cosa largo tiempo buscada, mis hijas y yo caminábamos por el pasaje que se encuentra detrás de la Catedral, rumbo al expendio de los herbolarios. Al pasar frente a un comercio de instrumentos musicales donde había violines, chelos, bongos, maracas y, especialmente, guitarras de todos los tamaños, clases y precios, mis niñas se detuvieron embelesadas:

— ¡Mira qué linda guitarrita! — exclamó Jaina—. Cómpramela, Shábada.

—No puedo ahora, mi vida.

—Sí, Shábada, cómpranos una —pidió también Loren.

—No traigo dinero, niñas.

—Entonces, ¿con qué vas a pagar todas las hierbas que compres? (Jaina sabe muy bien que entre mis grandes aficiones está la de comprar toda hierba, semilla, raíz o corteza que tenga nombre raro o leyenda sobre sus facultades medicinales. Con ellas preparo bastantes cosas, pero especialmente maceraciones y tisanas que bebo, la mayoría de las veces, llevada por la curiosidad de conocer su sabor y comprobar, al mismo tiempo, si son verdaderas o supuestas las cualidades curativas que se les atribuyen. A través de la larga experiencia que tengo en estas indagaciones debo confesar que, algunas de las veces en que ensayo brebajes exóticos o poco conocidos, he llegado a sufrir desde leves intoxicaciones hasta serios envenenamientos; pero, no por eso disminuye el vivo interés que siempre he tenido por la investigación de las plantas medicinales ni el asombro ante la comprobación de sus virtudes.)

Las hierbas cuestan muy poco —aclaré a Jaina.

- Pero tú compras cientos, Shábada...

Mientras Jaina y yo discutíamos, Loren tomó una de las guitarritas que estaban sobre un mostrador junto con los bongos y las maracas, y comenzó rascar las cuerdas para averiguar si tenían sonido como las grandes, o sólo eran de juguete.

—Deja esa guitarra, Loren. Les prometo que vendremos a comprar una el próximo sábado.

—¡Qué bonito cutis tiene...!

Miré hacia todos lados buscando de dónde salía aquella voz que había sonado tan suave.

—¿Ha de usar cremas muy caras, verdad?

Entonces la descubrí sentada detrás de uno de los mostradores al fondo de la tienda, casi escondida entre ese mundo de instrumentos, y no pude menos que sentirme totalmente fascinada por aquella mujer que parecía una auténtica muñeca de los veinte. Era de tez apiñonada, con una impresionante palidez, que le hacía a uno recordar *La montaña mágica* o La dama de las camelias. Al acercarme más, observé que esa exagerada palidez se debía, en parte, a los polvos demasiado claros para su tono de

piel y usados en exceso. Y en aquel marco encalado resaltaban notablemente sus enormes ojos negros y unas profundas ojeras violáceas que le daban un misterioso atractivo. La ceja era sólo una línea de lápiz negro a lo Jean Harlow y la boca pintada de rojo encendido en forma de corazón, "as de corazones rojos, boquita de una mujer..." Llevaba el pelo castaño oscuro peinado muy liso y recogido hacia atrás en una especie de moño a medio hacer, o que estaba a punto de deshacerse. Lo más increíble de todo era su traje: un vestido de terciopelo granate, tan gastado por el uso que en algunas partes casi no tenía pelo, con olanes de gasa color crudo en el cuello y en las mangas.

—No lo crea —le contesté, cuando logré salir un poco del estupor que su aspecto me produjo y de una extraña sensación que comencé a sentir al verla, como si el tiempo diera marcha atrás y yo hubiera estado alguna vez conversando la misma intrascendente charla con esa mujer, en la época de la que ella era fiel retrato.

— ¿Qué se pone entonces?

—Lociones y cremas que yo misma preparo.

—Y también tomas, Shábada —agregó Jaina.

—Porque, sabe usted, yo soy de Guadalajara —empezó, de pronto, a contarme la mujer sin ningún preámbulo— y allí yo usaba varias cremas, jabones, lociones y muchas otras cosas que una amiga de mis tías me enseñó a preparar. El esposo de esa señora, que era alemán, había trabajado en su juventud como químico en un laboratorio de cosméticos de Berlín. Cuando vino a México puso una ferretería en Guadalajara y se casó con la amiga de mis tías. Si usted hubiera visto cuántos libros tenía y las fórmulas tan magníficas que había en ellos; pero se me han ido olvidando las recetas, confiando en la memoria nunca tuve la precaución de anotarlas, y hace tiempo que ya no uso casi nada. Al verla —añadió con un dejo de melancolía—, no pude menos que fijarme en su cutis tan limpio y terso. A mí se me han empezado a abrir los poros de la nariz... ¡Si viera usted qué buen cutis tenía...! Bueno, los años pasan y uno...

— ¿No usa usted el romero?

— ¿El romero? Lo usé, claro está, es de lo mejor...

—Y la siempreviva, ¿la conoce?

—Sólo he oído hablar de sus propiedades; pero nunca logré saber cómo usarla. ¿Lo sabe usted?

—Sí, sólo que hay varias maneras de prepararla; todo depende de las particularidades de cada tipo de piel. Como yo vengo seguido por aquí, le voy a copiar algunas de las fórmulas que tengo, para que usted elija la que le parezca más conveniente.

En ese momento se quedó pensativa como tratando de recordar algo y se fue muy lejos, se ausentó tanto que yo ya me disponía a marcharme, cuando dijo de pronto:

—Una cosa que es verdaderamente magnífica para los párpados hinchados es la infusión de rosas, porque sabe usted, a veces uno chilla por las noches y al día siguiente los ojos amanecen hechos un desastre, bien abotagados. Pero con unos fomentos de infusión de rosas, apenas tibia, se desinflan luego, luego...

Vi entonces, en lo oscuro de la noche, a aquella muñeca de los veintes llorando en silencio sobre una dura y fría almohada, e involuntariamente fijé la vista en las ojeras violáceas tan marcadas y profundas. No pude menos que pensar en lo desdichada que debía ser aquella extraña criatura para llorar así a mitad de la noche.

—Usted no ha de llorar seguido, no tiene los párpados hinchados —y me observaba con detenimiento—, pero si algún día... Mire, se pone en la lumbre un pozuelito así — con la mano me indicó el tamaño del jarro—, con la mitad de agua, a calentar a fuego lento, muy lento, y al soltar el hervor se le agregan los pétalos de las rosas, y entonces se tapa y se deja reposar un buen rato...

Ninguna de las dos, ni ella ni yo, nos habíamos dado cuenta de que mientras platicábamos tan entusiasmadas mis hijas probaban una guitarra tras otra, o bien sonaban un bongó con una mano y con la otra una maraca, o ensayaban los violines sacándoles sonidos destemplados, cuando una voz como un trueno, o un rugido, cortó de golpe nuestro diálogo, con tal violencia y en una forma tan sorprendente, que yo sentí como si aquella interrumpida conversación quedara ahora relegada a un remotísimo pasado.

—¡Dejen allí, niñas, dejen, dejen, dejen las cosas en su lugar, no toquen más, que no toquen nada! ¿Me oyen? ¡Han manoseado todo, desarreglándolo, ensuciándolo, estropeándolo, dejando pintados sus dedos mugrosos, y ella allí, mirando sin importarle nada! ¡Claro!; no le han costado ni un solo centavo, que se acaben, sí, que se acabe todo, todo, ¡qué importa!, pero ella sentada allí cómodamente, platicando encantada de la vida, dejando que cojan todas mis cosas y las llenen de dedos, de chicle, de babas, ¿qué he hecho?, ¿qué cosa he hecho yo para merecer esto?, ¿por qué mis cosas?, mis cosas, sí, lo mío, y la señora platicando, sin importarle nada, nada, ¿por qué?, ¿por qué, Dios mío...?

Mis hijas se quedaron inmóviles, sorprendidas y aterrorizadas por aquella voz y la forma tan brutal en que se les privaba de su entretenimiento; después depositaron tímidamente sobre el mostrador los instrumentos musicales que tenían en las manos. También yo confieso que me asustó y desconcertó bastante aquella irrupción tan violenta y el tono de voz tan colérico y deshumanizado, en el momento en que menos se esperaba. Ella, la muñeca morena, se estremeció de pies a cabeza, con un sacudimiento de terror incontrolado, y enmudeció.

Creo que involuntariamente cerré los ojos al escuchar todas las cosas que aquel hombre profería a gritos; tal vez, ahora pienso, que el estallido de esa horrible voz, como una luz hiriente, me hizo cerrar los ojos al descender de golpe a una realidad no esperada. Al abrirlos vi junto a la vitrina donde yo estaba recargada, unos toscos pies calzados con zapatos muy maltratados y sucios. Y al levantar la vista encontré un cuerpo corpulento, convulsionado por la ira, que manoteaba grotescamente o se mesaba los cabellos, y al gritar accionaba y se agitaba de tal manera como si fuera a llegar al frenesí: los brazos retorcidos, las facciones contraídas, distorsionadas, los ojos extraviados. No supe bien a bien cómo era su rostro, porque como atraída por un imán toda mi atención se detuvo en unos ojos que se entrecerraban y se empequeñecían como los de las serpientes cuando van a atacar y de ellos salía una mirada helada que penetraba hasta los mismos huesos.

Mis niñas se habían pegado completamente a mí y sentí sus manitas húmedas que buscaban protección.

Sin decir una palabra nos alejamos de allí, no sin antes mirar por última vez a la muñeca vestida de terciopelo granate y boca de corazón. Pero ella miraba ya sin mirar, se había ido, perdiéndose por los sombríos túneles del miedo y el desencanto; hasta llegar a lo profundo de la noche, donde silenciosa y desesperadamente lloraba y lloraba empapando la almohada; hasta que la luz del amanecer entrara a través de la roída cortina encontrando, sobre el piso de la mísera alcoba, los pedazos de unas guitarras rotas y los fragmentos de aquella muñeca triste.

GARDEN PARTY

El taxi se detuvo frente a una residencia muy iluminada de donde salían música, carcajadas e infinidad de voces.

—Son 36.50 —dijo el chofer.

—¿Qué di-ce? —preguntó el pasajero con tal extrañeza como si lo sacaran de un profundo sueño.

-Que son 36.50

—¿Tre-inn-ta yse-iss cin-cu-enta? ¿De qué-ta-uss-ted ha-blan-do? Yono sé aqué se re-fi-ere.

—Mire usted —replicó en tono airado el chofer, viendo cara a cara al hombre—, o me paga los 36.50 de la dejada, o me obligará a usar de éstos: —y le mostró los puños.

— ¡Ah...! Sí... lade-ja-da, sí, us-tedd meha-tra-ído (hip) hass-taquí, ess-ci-erto.

El pasajero comenzó entonces a buscar en los bolsillos del saco y después en los de los pantalones, hasta encontrar un billete arrugado que le entregó al chofer. Abrió la portezuela del automóvil y tropezó al poner los pies en el suelo. Con un gran esfuerzo consiguió recuperar el equilibrio y se dirigió a través del jardín hacia la entrada de la mansión.

—¡Oiga amigo, aquí está su cambio! —gritaba el chofer. Pero aquel hombre alto, flaco y desgarrado, se alejaba balanceándose de un lado hacia otro como un títere con la cuerda demasiado floja.

—Su invitación, caballero, si me hace usted el favor — solicitó un mozo que recogía las invitaciones en la puerta.

—¿In-vita-ción? ¿Invi (hip)ta-ción? ¿Min-vita-ción di-ceus-tedd? Yonun-cahe ten (hip)ido invi-ta-ci-ones, nisi-qui-era tarje-tass, sa-beuss-tedd, yoso-lo he-ten-ido losbol-sillos vací-os ya-hora esstin-menso (hip)do-lor, essta-pena que...

—Tenga la bondad de darme su invitación, caballero —rogó el mozo. Pero el hombre flaco ya había entrado al salón dejando al mozo hablando solo.

El salón se encontraba demasiado iluminado y pletórico. Mujeres elegantísimas muy escotadas o con las espaldas desnudas y cubiertas de joyas desde la cabeza hasta los pies; hombres con frac o smoking, de riguroso puro y opulenta humanidad la mayoría.

El hombre flaco y descuidadamente vestido se sintió bastante incómodo por el exceso de luz y de humo que le hacía arder los ojos de manera insoportable. Sacó un pañuelo sucio y se lo pasó repetidas veces por la cara. Después lo guardó hecho bola y gritó a voz en cuello:

—*Go-oodd mor-niingg eve-ry body!*

Los que se encontraban cerca de él se dieron vuelta y lo miraron ridículo e inaceptable. Un don nadie. No faltó quien comentara que "si ya le había amanecido tan pronto al caballero".

El hombre lanzó entonces una estruendosa carcajada que nunca antes había sido capaz de proferir en sus 48 años.

—Noti-ene impor-tan (hip)cia, esono-tie-nenin-gu-na impor (hip)tancia, dí-ass ono-ches dalo miss-mo loim-por-tann-tes (hip) quese-an bue-nos, lodi-go (hip)yo por-quelo-sé, síse-ñorr, yolo-sé...

En ese momento un hombre de mediana edad, correctamente vestido, se abrió paso y llegó hasta el borracho interrumpiendo su alegato.

—Creí que nunca llegarías ¡pero, hombre! — exclamó en voz baja para que nadie más lo oyera—, te advertí claramente que se trataba de algo muy especial y que vinieras bien vestido. ¡Y mira cómo estás, hecho una verdadera facha! Tú sabías muy bien, Rogelio, que ésta era la oportunidad, tal vez la única oportunidad para que yo te presentara a don Ramón y a don César Rubio. Que conseguirte una invitación fue un triunfo. O ¿es que quieres terminar tus días en ese miserable puesto, con un sueldo infeliz que no te alcanza para nada? Después de la faena que he tenido que hacer por ti... De lo que he ponderado tus capacidades administrativas, tu honradez, tu intachable comportamiento... Ahora lo echas todo a perder presentándote como un vagabundo y, como si esto fuera poco, borracho.

Rogelio escuchaba la reconvención como si estuviera dirigida a otra persona, sin que le atañese en lo más mínimo. De pronto logró entender algo de todo aquello que su amigo le decía y sacudió la cabeza como tratando de despejarse.

—Fue don-dePe-rico lle-gué ato-marme un tra-(hip)gui-to, untra-gui-toan-tes dirá cambi-arme de (hip) ropa, sí, derro-pa (hip) pa-rave-nir, un tragai-(hip)to no-másss telo ju-ro porr mi san-tama-dre, unosó-lo (hip) pa-radar-mevalorr ypa-raver sial-guien mede-cía don...

—Por lo que se ve, no fue sólo un traguito, te has de haber bebido hasta al mismo Perico, pero, quitémonos de aquí, no quiero que se hagan más burlas a costa tuya.

—¿Adón-de melle-vas Ós-car?

—Al jardín. Allí hay mesas y, tal vez, con una poca de suerte, podamos encontrar alguna, apartada y discreta, donde pasemos inadvertidos.

—¿Aljar-dín? ¿Essta-rá allí Ce-li-na?

—Podría ser.

—Pero... haydos pu-ertas (hip) ysisalimos poruna, alome-jor Cel (hip)ina en-tra por (hip)...

—Anda, ven.

—Ós-car, ¿quedi-rec-ción esla-deaquí? —preguntó Rogelio, presa de una gran angustia.

Óscar caminaba por delante y la música y el barullo general no le dejaron escuchar a su amigo. La pregunta de Rogelio quedó sin contestación.

—Que medi-gass ladi-rec (hip)ción, porrfa-vor —pidió en el colmo de la desesperación—, *si no me la dan no te la puedo decir Celina...* —Y volvió a suplicar tímidamente:

—Porfa-vor di-me ladi-rec (hip)ción... *no sé la dirección Celina no sé dónde estoy ni dónde estás tú ahora he perdido a los dos a ti y a mi y Óscar cruel y despiadado no me dice en dónde estoy ni en dónde estás tú ¿en dónde estamos Celina?...*

El jardín estaba a media luz con faroles de colores colocados entre las ramas de los árboles y reflectores velados que creaban una atmósfera irreal. También había árboles revestidos de serpentinas y otros totalmente dorados o plateados, en los cuales las luces de los faroles producían efectos sugerentes. Algunas mesas se hallaban distribuidas alrededor de la piscina que, premeditadamente, no tenía luz alguna. Desde una plataforma la orquesta ejecutaba, estrepitosamente, los ritmos más populares del momento. Óscar iba y venía arrastrando a Rogelio y buscando afanosamente la mesa más apropiada, hasta que una le pareció conveniente. Se sentaron cuidando Óscar que Rogelio quedara de espaldas al escenario y sólo tuviera ante sí la vista de aquel inmenso jardín. Cuando ya estaban instalados, Óscar notó sorprendido que había lágrimas en los ojos de su amigo.

—¡Pero, hombre!, a tu edad... anda, sécate los ojos.

Para ese tiempo y con gran desconsuelo de Óscar, todo el mundo había invadido el jardín ocupando las mesas o disponiéndose a hacerlo.

—Creo que tendremos variedad acuática —comentó con otro, un joven que estaba ahí cerca.

—Y, por supuesto, también el show de las mulatas platinadas.

—Dicen que don Ramón le anda echando los perros a la Suly...

—Ese viejo siempre trae unos forros de primera...

—No se puede negar que tiene buen gusto, y como además es muy espléndido, consigue lo que quiere.

—¿Sabeuss-tedd dón-des-tá Ce-li-na?

—Caballero, yo sólo sé dónde están los whiskys y las princesas, ¿quiere usted uno o una?

—Yoqui-ero queme (hip) diga dón-des-tá Cel-ina, Cel-ina, miCe-lina.

—¡Vamos, hombre! Bébase este high ball a la salud de Celina —y puso su propio vaso en la mano temblorosa del borracho.

Rogelio se quedó un momento como sin entender y sin ver siquiera la copa de whisky, luego, súbitamente, se la bebió sin dejar ni gota. *yo no debo beber porque a ti no te gusta Celina que yo beba tú siempre me decías... Pero yo no bebo Celina sólo una copa o dos y no me pasa nada esto de la lengua que siempre me crece no tiene importancia... Celina aquella noche yo pensé que volverías temprano...*

— ¡Lo felicito, mi amigo, por su juego de garganta! Otro whisky más y Celina se va al fondo del olvido... —y el joven elegante se fue a saludar a unas muchachas que lo llamaban desde otra mesa.

Óscar le ofreció un cigarrillo a Rogelio, quien lo tomó como autómatas.

—A-quí nohay(hip) nada quebe-berr —gritó enfurecido—, queme-den algo, algo (hip) debe-ber, sí, yoqui-ero be-berr, be-berr...

— ¡Cállate! —le ordenó Óscar—, que ya va a empezar el espectáculo.

todo está igual Celina como tú lo dejaste igual nada ha cambiado tus pantuflas verdes que te regalé en Navidad debajo de la cama el cuarto y toda la casa llena de ti de tu perfume estás en todos lados pero no estás Celina Celina dónde estás... —Ten-gola

gargan (hip)ta seca, seca, yanopu-edo niha-blar, sí, yano. . . ¿quécla-se delu-gar ess (hip) éste donde-no (hip) ledan auno nada, nadade be-berr?

—Rogelio, contrólate, por favor, te lo suplico, piensa en el ridículo que haríamos si vienen a sacarnos.

—¿Qué desean beber los señores?

Óscar tomó un whisky y Rogelio otro, pero al momento aclaró: —Yono qui-e-ro be-ber, quie-ro queme trai-ga (hip) a Celina, Ce-li-na, por-queCe-lina sefuee... —Y al decir esto, le cambió el tono de la voz hasta llegar a ser casi sollozo—, Celi-nase fue ¿us (hip)tedd sa-be?, Ce-lina sefue, mi (hip)Ce-li-na...

En ese momento Rogelio casi se cayó con todo y silla sobre una dama opulenta y cargada de joyas a más no poder.

—¿Uss-ted vacan (hip)tar, algu-na (hip) a-ria?

—¡Me ha quemado el vestido! —gritó fuera de sí la mujer, al darse cuenta de que Rogelio le había apagado el cigarrillo en la falda de terciopelo.

—¿Ela-ria dela lo(hip)cura?, ¡per-fec (hip)to!, ¡ess-tá uss-tedd enn plan delaPe-ral (hip)ta!

— ¡El colmo, el colmo! Me ha arruinado para siempre mi traje, ¡y un vestido como éste!, no es posible, no es posible...

Las señoras que compartían su mesa y otras sentadas cerca de ella, la rodearon haciendo mil comentarios en voz alta y cuchicheos entre sí, mientras la orquesta ejecutaba una melodía con un ritmo tan desenfrenado y el baterista se despeinaba a tal punto que, al cubrirle los cabellos por completo la cara, podría decirse con justa razón que tocaba a ciegas. — ¡Mi vestido, mi vestido!

— ¡Pero qué desastre, Chata, tu vestido tan lindo...!

— ¡Y tan costoso! Tú sabes, querida, que es nada menos que un Balenciaga, me lo trajo Ramón, de París, cuando fue a la convención.

—Yo nunca pensé que fuera un Balenciaga, ¡claro que se ve a leguas que es un traje fino, pero aquí en México hay cosas muy bonitas, que no le piden nada a Chapareli, o como se diga!

—Los Balenciaga son costosos, costosísimos, Ramón lo mandó hacer expresamente para mí. Fue diseñado de acuerdo con el color de mis ojos y de mi pelo... —Y se echó a llorar.

— ¡Qué falta de consideración hacer estas cosas, es un crimen, un verdadero crimen...!

— Como dañar un Rafael o un Leonardo...

— ¿Dequéha-bla esa (hip) gor-da —preguntó Rogelio a su amigo, sin percatarse de que Óscar había enrojado totalmente.

— ¡Sí, queridas mías, como se los digo, es un verdadero crimen...!

—Hay que llamar a la policía...

—Pe-ro ¿porr-qué gri-ta esamu-ger, porr-qué (hip) su-fre? *Celina yo sé que tú me amas verdad Celina que me amas yo lo sé si lo sé cuando te enojabas conmigo porque no teníamos dinero siempre el maldito dinero yo te decía... bajaste con el vestido gris que*

tanto me gustaba "después me cuentas eso" yo te iba a platicar que... qué bella estabas Celina aquella tarde sábado en la tarde no se me olvida olías tan bien tú siempre estás bella eres muy bella "no tardaré después hablamos" yo no quería que salieras esa tarde yo sólo quería pero tú... yo te quería decir "ahora vuelvo" y apenas dizque un beso en la mejilla no me dejaste ni que te besara en la boca "me vas a arrugar el vestido déjame no me despintes chao" sólo hiciste una señal de despedida con la mano yo te he estado esperando esperando Celina dónde estás Celina dónde...

—Siempre, en todos lados del mundo hay seres así de ordinarios, gente que uno ni siquiera conoce ni sabe de dónde sale, que uno jamás invitaría...

—Pe-ro... ¡sies a-ún lamis-ma, lamismí-sima (hip) mu-jer! Di-me Ós-car ¿qui-én es esaes-canda-losa y fe-a y gor-damu-jer? Sí, (hip) ¿essa gor-datan-fea...?

Y Óscar, que no sabía dónde meterse y le pedía a Dios que se lo tragara la tierra, le contestó:

—Es la esposa de don Ramón, es nuestra anfitriona. ¡Buena la has hecho! ¿Por qué, Dios mío, por qué tendré siempre esta infame y perra suerte?

—Yono laco-nozco niqui-ero cono-cerla. ¿Sa-bes Ós (hip)car?, nome guss-tan, ninunca, nun-ca, en-mi desgra (hip) ciada vi-da mehan gus-tado e-sass mu-teres tan (hip) gor-das, estemal-dito hipo y gri-tonass ... *también Fifi te está esperando está muy triste si vieras qué triste está y qué solo se siente sin ti pasó días y días sin comer muchos días come Fifi Celina mañana vierte yo trataba y trataba de consolarlo pero el pobre perrito tan chiquito tan chiquitito tú lo mimabas mucho sí mucho más que a mí ¿verdad? no lo puedes negar el pobre Fifi tan mal acostumbrado me miraba con unos ojos tan tristes me sigue mirando Celina mirando con unos ojos tan tristes tan tristes que yo...*

La variedad de las negras había comenzado. Y los dos jóvenes que estaban junto a la mesa de Óscar y Rogelio solicitaron permiso para sentarse allí. Óscar accedió, cortés:

—Encantados, sírvanse sentarse. —Pero mientras se hacían las mutuas presentaciones, él pensaba, presa de la desesperación, que ahora sí había transpuesto las puertas mismas del infierno.

— ¿Cono-ceus-tedd (hip) aCe-lina?

—No tengo el gusto.

—Celi-naes muy be-lla (hip) tie-ne loso-jos azules (hip) yel pe-lo sí elpe-lo ne-gro ne (hip)gro ysus di-en-tes sonmuy blan-cos ti-ene loso-jos azules comun-lis-tón a-zul (hip) sí, a-zul dea-ma-necer comodi-ce elma (hip)estro La-ra ¿ver-dadd? yti-eneun cu-erpo me-jor sise-ñor me-jor (hip) lodi-go yo porr-que yolo co-noz-co sinna-da sintapa (hip)-rrabos co-molos desas —y señaló a las mulatas platinadas—, des-nudo sinna-da porrques mí-o ¿sa-beus-tedd?, tie-neel ca-bello ne-gro, ne (hip)gro yasí hass-ta-bajo délos hom-bros yon-du-lado... —y con la mano ejecutó el oleaje del cabello de Celina— ylo-so-jos (hip) a-zules tana-zules comu-na tra-la la lala lala lalaaa...

—Ya está bien Rogelio, mejor mira la variedad.

—¿Desean beber algo los señores? ¿Un whisky, un coñac, un gin and tonic?

—Yobe-bo loque sea pe-roCe-lina seno-ja con (hip) mi-go, di-ce queyo... oigauss-tedd —y jaló de la manga del saco al joven que tenía a su lado—, Ce (hip)lina ess máslin-da

quesa mu (hip)jer vestida deblan (hip)co, essano valena-da cerr-cade Celina, Ce-lina (hip) ti-ene elca-be-llo máss ne-gro y loso-jos máss azu-les sí pe-roCe-lina sefue, se fue... ¿sa-beus-tedd?

—Sí, claro, ya lo sé desde hace un buen rato.

—Peroe-ra miCe-lina. —Y volvió a jalar al joven, ahora de la solapa.

—Hay muchas Celinas donde quiera. Si le interesa le doy después algunas direcciones...

Celina Celina dónde estás días y noches esperándote semanas enteras sin dormir sin comer dónde estás Celina dímelo por favor sabes Celina yo voy a tener un buen sueldo te compraré muchas cosas muchas aquellos zapatos de charol que tanto te gustaban voy a ser rico Celina sabes muy rico muy rico deveras tendrás todos los vestidos que tú quieras de noche oigo tus pasos subiendo la escalera y tu risa te compraré cientos de perfumes miles de perfumes camino horas y horas buscándote ya no tengo zapatos ni pies te busco por todas partes en los parques a la salida de los cines pero yo sé que te encontraré Celina Fifi se va a morir si tú no vuelves y yo también ya no sé quién tiene la cara más triste si Fifi o yo haré lo que tú quieras todo lo que tú quieras lavaré los trastes que tanto odias iremos a fiestas te compraré una casa como ésta con muchos árboles y flores y piscina te llevaré al cine los domingos y los jueves y a diario si quieres porque yo seré muy rico tendré dinero a montones un automóvil para ti siempre a todas horas oigo tu voz apapachando a Fifi te voy a regalar un vestido rojo como aquel que llevabas cuando nos conocimos cuántos aplausos cuánto ruido quién hace tanto ruido Celina yo quiero estar solo contigo qué mujeres tan horribles se van a romper en pedazos en muchos pedazos tendrán que recogerlos con escoba ya no tengo escoba barro la casa todos los días para que la encuentres limpia te estoy viendo caminar moviendo las caderas déjame verte caminar siempre y reír reír a carcajadas como tú sabes enseñando los dientes no quiero verte enojada ni triste el agua tiene un color muy oscuro no se parece a tus ojos me paso las horas contemplando el cielo allí hay muchos ojos tuyos nuestra casa me da miedo me da mucho miedo estar solo pero cuánto ruido por qué tanto ruido y tanta gente dónde estoy Celina dónde estás tú...

—Qui-ero be-berr, be-berr, tengola gar-ganta (hip) seca quequi-ero u-na copa que me den u-naco-paporr que...

—Ya viene el mesero, cálmate...

—Queyo qui-ero be-berr ¿me oyen? be-berr be-berrr...

Y sin esperar más se levantó y se fue tambaleando antes de que Óscar pudiera detenerlo. Rogelio sorteaba las mesas con gran dificultad, tanta, que Óscar no dudó de que se cayera de bruces sobre alguna. Sin embargo, no intentó ya seguirlo y decidió dejarlo a su suerte. Además, pensaba que al encontrar la copa regresaría. ¿A dónde más podría ir en ese estado?

Rogelio se fue tropezando a cada paso, hasta el extremo opuesto del jardín. Se quedó un buen rato apoyándose en el grueso tronco de un árbol, mirando fijamente la piscina en cuyas aguas oscilaban las luces de los faroles colgados en los árboles, produciendo dentro del agua formas indefinibles.

allí has de estar escondiéndote de mi si allá abajo viéndome sufrir y sufrir hasta ya no poder más ocultando tus ojos azules en la oscuridad del agua riéndote riéndote de que no he sido ni soy capaz de encontrarte pero ya sé si ahora lo sé que estás allí en el fondo acostada y desnuda esperando y riéndote desparramados tus negros cabellos en el agua y los peces entrando y saliendo recorriendo todo tu cuerpo descansando sobre tus senos sobre tu vientre jugando en ese cuerpo que es sólo mío sólo mío pero óyelo no serás de los peces ni del agua que te rodea y te esconde agua maldita que te cubre que me aparta de ti de tu cuerpo mío sólo mío oyes ni de los peces ni del agua mío solamente mío mío...

Y entre aquel frenesí, entre gritos y aplausos, unas burbujas y una ondulación en el agua no fueron vistas por nadie.

GRISELDA

La muchacha rubia se detuvo unos instantes, indecisa, frente a la puerta entornada, pero se decidió por fin a entrar. No dejó de extrañarle el total abandono del jardín, donde apenas se podía caminar por la maleza que todo lo invadía, hasta el sendero que llevaba hacia la casa, que se veía al fondo entre los altos árboles. Las plantas crecían desordenadamente: sin duda hacía tiempo que no habían sido podadas. El sol de las cuatro de la tarde era abrasador, deslumbrante, y la muchacha tenía que colocarse las manos a modo de visera para poder caminar. Un pájaro que voló a su paso la hizo sobresaltarse, y el suéter negro se quedó prendido entre las ramas espinosas de un rosal de Castilla. Lo desprendió con todo cuidado para no romperlo y resolvió llevarlo sobre el brazo. Se sentía nerviosa por haber penetrado en esa finca de una manera tan incorrecta; pero no había resistido la tentación de conocer la vieja residencia que ella siempre veía cerrada y probablemente sola, cuando pasaba en su diaria caminata hacia el correo de San Jerónimo. Esa, si se la podía llamar pequeña aventura, era algo por lo menos novedoso. Algo que rompía aunque fuera por breves instantes la monotonía de su existencia, reducida a oír las eternas lamentaciones de su madre. En eso pensaba la muchacha rubia cuando llegó hasta la orilla de una alberca, que las plantas y los árboles ocultaban. Una mujer vestida también de negro se encontraba sentada en una banca bajo la sombra de un álamo. Al descubrirla, la muchacha pensó regresarse; pero la mujer ya se había percatado de su presencia, a causa de la ruidosa hojarasca.

—Perdone usted, señora, que haya entrado así, pero no resistí la curiosidad de conocer esta finca, que siempre, me ha intrigado por su soledad.

—Desde hace; años está abandonada, yo soy la única que viene de vez en cuando pero, no se vaya, quédese un momento a platicar; por favor, sientese usted.

La joven titubeó y quiso inventar alguna disculpa: "sería bastante descortés no aceptar, después de haber entrado así..." Y se sentó en el extremo de la banca.

—Me llamo Griselda —dijo por toda presentación; la mujer que usaba unas gruesas gafas oscuras.

—Yo, Martha —correspondió la muchacha, y comenzó a observarla de reojo. Debía tener cincuenta; años o más. El cabello canoso conservaba aún algunos mechones negros. No usaba maquillaje y las gafas impedían apreciar bien sus facciones. Sin embargo, se podía advertir que aún era una mujer guapa, una mujer que debió ser muy hermosa.

—Uno siempre vuelve al sitio de sus recuerdos —dijo Griselda, como si tratara de explicar su presencia en aquella finca abandonada.

—Es verdad —contestó Martha—. Nosotros, es decir mi madre, se empeña en buscar los recuerdos de papá. Él murió hace poco tiempo.

—Cuánto lo lamento.

—Mi madre está inconsolable y quiso que nos viniéramos una temporada aquí, en donde pasábamos siempre las vacaciones y que a papá tanto le gustaba. Pero, más

que otra cosa, yo sé que mamá quiere estar lejos de la ciudad y de todos. Usted sabe, yo a veces temo que ella...

—Sí, es duro y muy difícil resignarse a esas pérdidas, yo lo sé.

—Yo también he sentido mucho a papá, pero... yo tengo esperanzas, proyectos, planes, en cambio, ella...

—Se termina todo para siempre, no queda nada ni nadie. Yo también perdí a mi marido. Martha no supo de pronto qué decirle, conmovida por aquel tono de voz estremecido, y la desolación total que las palabras revelaban. Recordó la noche cuando su prima telefoneó para avisarle que Ricardo había muerto en Nueva York. Todo se había detenido en aquel instante, como si el tiempo y la vida misma se pararan de golpe. Se había quedado anonadada, sin saber qué hacer, qué pensar... Reparó entonces en el largo silencio en que había caído y trató de disculparse:

—Mi primer novio murió, murió repentinamente. Nos conocíamos desde niños y fue un golpe terrible.

—También él murió cuando yo menos lo hubiera creído. Era aún bastante joven, y nos queríamos de una manera tan...

— ¿Fue hace mucho tiempo?

Griselda no la oyó. Se había quedado ensimismada.

—Le voy a mostrar su retrato —dijo de pronto, como si volviera de muy lejos, y se quitó con manos temblorosas un medallón.

Al abrirlo, Martha encontró dos miniaturas notablemente logradas. El retrato de un hombre y el de Griselda. Los dos eran jóvenes y hermosos; sobre todo ella con enormes ojos de un extraño color, azul, gris, verde. Un color increíble de humo verde azul. El cabello oscuro le caía sobre los hombros enmarcando un óvalo perfecto, y los extraordinarios ojos que Martha no podía dejar de admirar.

—Una bella pareja, y las copias muy fieles —y sintió que algo, por dentro, le dolía al contemplar a la mujer de ahora.

—Él fue muy guapo. Tanto, que las mujeres se volvían en la calle para mirarlo.

—Y usted también, señora, y qué ojos más increíbles los suyos, con un color como no he visto otros —dijo Martha al regresarle el medallón.

—A él también le encantaban.

— ¿Fue hace mucho tiempo? —y al terminar la pregunta Martha reparó que era la segunda vez que la hacía.

—Sí, hace años. Estábamos aquí en esta finca, a donde veníamos a pasar el verano. Entonces había muy pocas residencias y no existía carretera; se sentía uno en pleno campo, lejos de la ciudad.

—Así me siento yo ahora, desconectada por completo de mis amigos y de mis actividades; en un aislamiento que me deprime terriblemente.

—Yo fui muy dichosa en este lugar, nunca lo olvidaré...

—En cambio para mí ha sido una verdadera tortura, sin tener qué hacer ni adonde ir; oyendo todo el día las constantes lamentaciones de mamá, o mirándola llorar sin

consuelo. Hay veces que no soporto más, y me desespera no poder hacer nada, nada... Por eso salgo por las tardes, aprovechando que ella duerme un poco después de comer y son las únicas horas en que descansa, porque pasa toda la noche en vela, recorriendo la casa entre sollozos. Cuando salgo voy al correo a dejar las cartas que le escribo a mi novio que está en Mérida.

— ¡Pobrecita!, es muy pesado a su edad pasar por estas situaciones. Cuando se es viejo, uno vive ya sólo de sus recuerdos, los persigue queriendo recuperarlos, como si fueran los pedazos de un objeto roto que se quisiera reconstruir.

Martha la escuchaba hablar y pensaba en la injusticia que su madre cometía con ella, al condenarla a ese aislamiento absurdo. Ya tenía bastante con haber perdido a su padre; y miraba el estanque invadido de lirios acuáticos.

—Por eso mismo no me he hecho el ánimo de vender esta finca. Aquí lo vi por última vez, aquí quedaron tantas cosas.

—Mi padre murió en México, pero mamá dice que en este lugar tiene muy bellos recuerdos y, además, como no quiere ver a nadie...

—Mi único deseo sería quedarme aquí. Sin embargo...

—¿Nunca más ha vuelto a vivir en este lugar?

—Nunca más. Sólo en tardes como ésta en que me escapo sin avisarle a nadie.

—Deben haber sido muy duros todos estos años.

—No se puede usted imaginar cuánto —dijo la mujer con voz entrecortada—. Cuando lo vi muerto pensé que ya no sería posible sufrir más; después...

—¿Y no hay posibilidad de olvidar, que con el tiempo la memoria sea menos persistente y aminore la intensidad del dolor?

—No, eso sería lo más terrible de todo, lo inadmisible. Esta búsqueda continua de recuerdos, de pequeñas cosas como un olor, un sonido, o una palabra, que reconstruyan dentro de uno lo que se ha ido, es lo único que nos queda, lo único que sostiene y ayuda a seguir viviendo.

—Así piensa también mamá.

—Siempre que vuelvo aquí regreso deshecha, casi muerta. Es por eso que no me dejan venir. Cada vez revivo todo lo que pasó aquella tarde, escucho sus palabras de despedida, lo veo partir.

—¿Se fue lejos?

—No, a México solamente. Hacía el trayecto a caballo, era un estupendo jinete. Esa vez..., esa vez yo me pasé la tarde aquí junto al estanque, bordando, hasta que anocheció. Después me fui a la casa a disponer la cena para esperarlo. Comenzó a llover. Llovía torrencialmente como llueve siempre en este lugar, y él no regresaba...

El sol estaba ocultándose; se iba la tarde. Martha miró el reloj con disimulo. Eran pasadas las seis. Su madre ya debía de haber despertado de la siesta, y la estaría esperando muy intranquila. Nunca tardaba tanto, pero ¿cómo irse ahora? No podía interrumpir el relato de la mujer.

—...yo estaba muy inquieta, como nunca lo había estado antes, con una extraña nerviosidad, como si presintiera algo. Dieron las diez, las once, habíamos recalentado la cena varias veces. Él no llegaba y seguía lloviendo, lloviendo sin cesar...

El viento refrescó la tarde y traía el perfume de los jazmines y las madreselvas. El crepúsculo se desmadejaba entre los altos árboles.

—... los relámpagos surcaban el cielo ennegrecido; no se oía el galope de su caballo, aquel galope que yo conocía hasta en sueños. Esperaba impaciente, cada vez más agitada, con un desasosiego que me roía las entrañas. De pronto entraron los mozos con él, bañado en sangre...

La voz de Griselda se deshizo en sollozos que estremecían todo su cuerpo. Martha la contemplaba muy perturbada. Hubiera querido estar ya de regreso en casa con su madre. Hubiera querido no haber entrado nunca en aquel lugar.

El olor de los jazmines y de las madreselvas comenzaba a ser demasiado fuerte, tanto que, de tan intenso, se iba tornando oscuro y siniestro, como la tarde misma y los árboles y el agua ensombrecida del estanque.

—El caballo se había asustado con un rayo —dijo Griselda recomponiéndose un poco— y lo estrelló contra un árbol.

—¡Qué terrible! —fue lo único que supo decir Martha.

—Aquella noche decidí arrancarme los ojos... -y se llevó el pañuelo a la boca ahogando un grito.

También Martha había pensado hacer muchas cosas aquella noche, cuando se enteró que Ricardo había muerto en Nueva York: tirarse por la ventana, tomar pastillas, aventarse al paso de un tren...

—En esos momentos uno piensa en hacer tantas cosas absurdas. Es natural.

—...me arranqué los ojos y los arrojé al estanque para que nadie más los viera —decía Griselda quitándose las gafas y cubriéndose el rostro con el pañuelo para sollozar sordamente.

Así permaneció minutos o siglos, una eternidad, mientras el viento movía las hojas de los árboles y era como otro largo sollozo que la acompañaba.

Martha no deseaba ahora sino huir cuanto antes de aquella mujer, del trágico jardín ya en sombras y del denso perfume que la envolvía.

—Debo irme, señora, ya es muy tarde —dijo poniéndose de pie y tocando suavemente el hombro de Griselda—, mi madre ha de estar preocupada por mí.

La mujer dejó de llorar y alzó la cara. Martha contempló entonces un rostro transfigurado por el dolor y dos enormes cuencas vacías; mientras los ojos de Griselda, cientos, miles de ojos, lirios en el estanque, la traspasaban con sus inmensas pupilas verdes, azules, grises, y después la perseguían apareciendo por todos lados como tratando de cercarla, de abalanzarse sobre ella y devorarla, cuando ella corría desesperada abriéndose paso entre las sombras vivas de aquel jardín.

EL ÚLTIMO VERANO

Llevaba un vestido de gasa con volantes en el cuello y en las mangas; el pelo castaño oscuro, recogido hacia atrás con un moño de terciopelo negro, dejaba despejado un rostro joven de armoniosas facciones en el cual resaltaban los ojos sombreados por largas pestañas. No sólo irradiaba juventud y frescura aquella muchacha, sino una gran paz y felicidad. Pero aquella muchacha hermosa, porque en verdad lo era, y tan bien arreglada y respirando tranquilidad por todos los poros, estaba dentro de un marco, colocado sobre el tocador, cerca del espejo. Así era a los diez y ocho años, antes de casarse. Pepe había querido que le diera un retrato como regalo de cumpleaños. Había salido muy bien, sí, realmente, y experimentó un inmenso dolor al comparar a la joven de la fotografía con la imagen que se reflejaba en el espejo, su propia imagen: la de una mujer madura, gruesa, con un rostro fatigado, marchito, donde empezaban a notarse las arrugas y el poco cuidado o más bien el descuido de toda su persona: el pelo opaco, canoso, calzada con zapatos de tacón bajo y un vestido gastado y pasado de moda. Nadie pensaría que esa que estaba mirándola detrás del vidrio del portarretratos había sido ella, sí, ella, cuando estaba tan llena de ilusiones y de proyectos, en cambio, ahora...

"¿Qué te pasa mamá?" —le preguntó Ricardo, porque se había quedado con la cara escondida entre las manos, sentada allí, frente al tocador, a donde había ido a arreglarse un poco para salir. Con gran desaliento se cambió de ropa y se arregló, "claro que no es posible sentirse contenta y animosa cuando de sobra se sabe que una no es ya una mujer sino una sombra, una sombra que se irá desvaneciendo lentamente, lentamente..." Ahora tuvo que taparse la boca con el pañuelo para ahogar un sollozo. Porque aquel último tiempo se había sentido demasiado sensible y deprimida, y lloraba fácilmente.

Fue a principios del verano, de ese verano seco y asfixiante, que había empezado a sentirse mal; a veces era una intensa náusea al despertar y unas como oleadas de calor que le subían hasta la cabeza, o fuertes mareos, como si el cuarto y los muebles se movieran; mareos que en algunas ocasiones persistían durante todo el día; también había perdido el apetito, no se le antojaba nada y todo le daba asco, y de su cuenta se habría pasado los días sin comer, sólo con un café o un jugo. Una inmensa fatiga se iba apoderando de ella y la imposibilitaba para el cumplimiento de las tareas diarias, ella que siempre había trabajado de la mañana a la noche, como una negra. Todo lo que hacía ahora era con un gran esfuerzo, un esfuerzo que cada día iba siendo mayor. "Ha de ser la edad." Esa edad que la mayoría de las mujeres teme tanto y que ella en especial veía llegar como el final de todo: esterilidad, envejecimiento, serenidad, muerte... Los días pasaban y el malestar aumentaba a tal punto que decidió ir a ver al médico. Tal vez le diera algo con que hacer menos pesada esa difícil etapa.

Después de examinarla detenidamente, el doctor le dio una palmada cariñosa en el hombro y la felicitó. Sería madre de nuevo. No podía creer lo que estaba escuchando. "Nunca lo hubiera creído, pero a mis años, yo pensaba que era... es decir, que ya serían los síntomas de... pero, ¿cómo es posible, doctor?" Y tuvo que preguntarle varias veces si estaba realmente seguro de su diagnóstico, pues era muy raro que eso

sucediera a su edad. "Eso es, hija, y nada más, sigue mis indicaciones y vienes a verme dentro de un mes, no tengas temor, si te cuidas todo saldrá bien, ya verás, te espero dentro de un mes." Le recetó algunas medicinas que debería tomar. Y ella que durante días y días, y todavía unas horas antes, había llorado de sólo pensar que ya había llegado a esa terrible edad en la que la maternidad, la lozanía y el vigor terminan, ahora, al recibir la noticia, no experimentó ninguna alegría, por el contrario una gran confusión y una gran fatiga. Porque, claro, era bien pesado después de siete años volver a tener otro niño, cuando ya se han tenido seis más y una ya no tiene veinte años, y no cuenta con quien le ayude para nada y tiene que hacerlo todo en la casa y arreglárselas con poco dinero, y con todo subiendo día a día. Así iba pensando en el camión, de regreso a su casa, mirando pasar las calles que le parecían tan tristes como la tarde, como ella misma. Porque ya no quería volver a empezar; otra vez las botellas cada tres horas, lavar pañales todo el día y las desveladas, cuando ella ya no quería sino dormir y dormir, dormir mucho, no, no podía ser, ya no tenía fuerzas ni paciencia para cuidar otro niño, ya era bastante con lidiar con seis y con Pepe, tan seco, tan indiferente, "no es partido para ti, hija, nunca logrará nada en la vida, no tiene aspiraciones y lo único que hará será llenarte de hijos", sí, otro hijo más y él no haría el más mínimo esfuerzo por buscarse otro trabajo y ganar más dinero, qué le importaba que ella hiciera milagros con el gasto, o que se muriera de fatiga.

Esa noche le dio la noticia. Los niños ya se habían acostado y ellos estaban en la estancia viendo la televisión como todos los días después de cenar. Pepe le pasó un brazo sobre los hombros y le rozó la mejilla con un beso. "Cada hijo trae su comida y su vestido, no te preocupes, saldremos adelante como hemos salido siempre." Y ella se quedó mirando aquella pantalla de televisión donde algo se movía sin sentido, mientras en su interior un mundo de pensamientos y sentimientos se apretujaban.

Pasaban los días, las semanas, y seguía sin encontrar resignación ni esperanza. La fatiga aumentaba con los días y una gran debilidad la obligaba a recostarse, en ocasiones, varias veces durante el día. Así transcurría el verano.

Por las noches y un poco entre sueños Pepe la oía llorar o la sentía estremecerse, pero él apenas si se daba cuenta de que ella no dormía. Era natural que Pepe descansara a pierna suelta, ¡claro!, él no tendría que dar a luz un hijo más, ni que cuidarlo, "los hijos son un premio, una dádiva", pero cuando se tienen cuarenta y cinco años y seis hijos otro hijo más no es un premio sino un castigo porque ya no se cuenta con fuerzas ni alientos para seguir adelante.

A veces se levantaba a mitad de la noche y se sentaba cerca de la ventana, ahí, a oscuras, oía los grillos abajo en el pequeño huerto donde ella cultivaba algunas hortalizas, y el alba la sorprendía con los ojos abiertos aún y las manos crispadas por la angustia.

Había ido a ver al médico al cumplirse el mes y, después, al siguiente. Le cambiaba un poco las prescripciones, pero siempre las recomendaciones eran las mismas: "procura no cansarte tanto, hija, reposa más, tranquilízate". Ella regresaba a su casa caminando pesadamente.

Una de esas noches en que no lograba conciliar el sueño y el calor y la desesperación la hacían levantarse y caminar, salió a refrescarse un poco y se recargó en el barandal

de la escalera que bajaba de las habitaciones hacia el huerto. Hasta, ella llegaba el perfume del hule de noche que tanto le gustaba, pero que ahora le parecía demasiado intenso y le repugnaba. Estaba observando indiferente a las luciérnagas que se encendían y se apagaban poblando la noche de pequeñas y breves lucecitas, cuando algo caliente y gelatinoso empezó a correr entre sus piernas. Miró hacia abajo y vio sobre el piso un ramo de amapolas deshojadas. Sintió la frente bañada en sudor frío, las piernas que se le iban aflojando y se afianzó al barandal mientras le gritaba a su marido. Pepe la llevó a la cama y corrió a buscar al médico. "Te recomendé mucho que descansaras, hija, que no te fatigaras tanto", dijo el doctor cuando terminó de atenderla y le dio una breve palmada en el hombro, "trata de dormir, mañana vendré a verte". Antes de caer en el sueño, le pidió a Pepe que envolviera los coágulos en unos periódicos y los enterrara en un rincón del huerto, para que los niños no los vieran.

El sol llenaba la habitación cuando despertó. Había dormido muchas horas. Sus hijos se habían ido a la escuela sin hacer ruido. Pepe le llevó una taza de café con leche y pan que comió con agrado. Tenía hambre. Y cuando Pepe salió a buscar a su hermana para que viniera unos días mientras ella se recuperaba, se quedó pensando y no pudo menos que experimentar un gran descanso por haber salido de aquella tremenda pesadilla. Claro que le dolía que hubiera sido en una forma tan triste, tan desagradable, pero las cosas no son como uno las desea, ni las piensa, sino como tienen que ser. Desde luego que ya no quería otro hijo, no, hubiera sido superior a sus fuerzas, pero no así, que no hubiera sucedido así, así, cómo le afectaba y la conmovía, y comenzó a llorar desconsoladamente, largo rato, hasta que se quedó nuevamente dormida.

A los pocos días todo había vuelto a la normalidad y cumplía con sus tareas domésticas, como siempre lo había hecho. Cuidando de no fatigarse demasiado procuraba estar ocupada todo el día, para así no tener tiempo de ponerse a pensar y que la invadieran los remordimientos. Trataba de olvidarlo todo, de no recordar aquel desquiciante verano que por fin había terminado, y casi lo había logrado hasta ese día en que le pidió a Pepito que le cortara unos jitomates. "No mami, porque ahí también hay gusanos."

Comenzaron a zumbarle los oídos y todos los muebles y las cosas a girar a su alrededor, se le nubló la vista y tuvo que sentarse para no caer. Estaba empapada en sudor y la angustia le devoraba las entrañas. Seguramente que Pepe, tan torpe como siempre, no había escarbado lo suficiente y entonces... pero, qué horror, qué horror, los gusanos saliendo, saliendo...

Ese día apenas si hubo comida y lo que logró hacer o estaba salado o medio crudo o quemado pues ella había empezado a girar dentro de un torbellino de ideas y temores desquiciantes.

Toda su vida y la diaria rutina cambiaron de golpe. Hacía el quehacer muy nerviosa, presa de una gran ansiedad, mal tendía las camas, daba unos cuantos escobazos y corría a asomarse a las ventanas que daban hacia el huerto; empezaba a quitar el polvo de los muebles, y otra vez a la ventana; se le olvidaba lo que estaba haciendo, al trapear dejaba los pisos encharcados, se le caían las cosas de las manos, rompía la loza, recogía rápidamente los pedazos y los echaba al bote de la basura para que nadie los viera y sospechara; pasaba largas horas recargada en el barandal, observando, observando...

Apenas si hablaba con Pepe y con los chicos, todo le molestaba: que le preguntaran algo, que le platicaran, que hicieran ruido, que pusieran el radio, que jugaran, que gritaran, que vieran la televisión..., ella quería estar sola, pensar, observar... que no la distrajeran, necesitaba estar atenta, escuchando, observando, escuchando, observando...

Esa tarde, Pepe había ido al centro a comprar unos zapatos y a la peluquería. Los tres niños más pequeños a la doctrina como todos los sábados, y los mayores a jugar basket. Estaba sola en la modesta estancia tratando inútilmente de zurcir calcetines y remendar las camisas y los pantalones, lo que antes hacía con bastante habilidad y rapidez mientras veía en la televisión los "Sábados con Saldaña" que tanto le gustaban, sobre todo "Nostalgia"... pero eso ya no era posible, a ella ya no le interesaba nada que no fuera escuchar, observar, estar atenta observando, escuchando... Cerca de las seis de la tarde, alcanzó a percibir como un leve roce, algo que se arrastraba sobre el piso apenas tocándolo; se quedó quieta, sin respirar... sí, no cabía la menor duda, eso era, se iban acercando, acercando, acercando lentamente, cada vez más, cada vez más... y sus ojos descubrieron una leve sombra bajo la puerta... sí, estaban ahí, habían llegado, no había ya tiempo que perder o estaría a su merced... Corrió hacia la mesa donde estaba el quinqué de porcelana antiguo que fuera de su madre y que ella conservaba como una reliquia. Con manos temblorosas desatornilló el depósito de petróleo y se lo fue virtiendo desde la cabeza hasta los pies hasta quedar bien impregnada; después, con el sobrante, roció una circunferencia, un pequeño círculo a su alrededor. Todavía antes de encender el cerillo los alcanzó a ver entrando trabajosamente por la rendija de la puerta... pero ella había sido más lista y les había ganado la partida. No les quedaría para consumir su venganza sino un montón de cenizas humeantes.

ÓSCAR

La joven dio la contraseña al empleado y esperó pacientemente a que le entregaran su equipaje. Se sentó en una banca y encendió un cigarrillo, tal vez el último que iba a fumar durante el tiempo que pasara con su familia. Sus ojos revisaban cuidadosamente el local tratando de descubrir si, en esos años de ausencia, había habido algún cambio. Pero todo estaba igual. Sólo ella había cambiado, y bastante. Recordó cómo iba arreglada cuando se fue a la capital: el vestido largo y holgado, la cara lavada y con su cola de caballo, zapatos bajos y medias de algodón... Ahora traía un bonito suéter negro, una falda bien cortada y angosta, pegada al cuerpo, zapatillas negras y gabardina beige; pintada con discreción y peinada a la moda, era una muchacha atractiva, guapa, ella lo sabía; es decir, lo fue descubriendo a medida que aprendió a vestirse y a arreglarse... El empleado le llevó sus dos maletas y le dijo:

—Si usted quiere, el coche del correo la puede llevar al pueblo, sólo cobra dos pesos, porque el camión tarda mucho en pasar.

La muchacha tomó asiento junto al gordo chofer del correo y le dio la dirección de su casa.

—¿A la casa de don Carlos Román? — preguntó sonriente el chofer—. Yo toco con él en la banda municipal los domingos en la tarde, y después lo acompaño hasta su casa. Si me permite voy a detenerme en el correo a dejar el saco de la correspondencia, no me tardo nada.

El hombre entró a la oficina de correos con el saco de la correspondencia casi vacío. Ella pudo ver desde allí la vieja parroquia del pueblo con sus esbeltas torres, la Plaza de Armas con su quiosco y sus bancas de fierro y, al lado de la parroquia, la notaría de su padre. Sin duda estaba ahora inclinado sobre algún papel de oficio, escribiendo con pluma de manguillo sus letras tan bonitas y uniformes.

La muchacha pagó al chofer los dos pesos convenidos y se quedó un momento, antes de decidirse a tocar, contemplando la casa del notario, su propia casa. Viniendo de la capital parecía pequeña y modesta, pero allí era una buena casa pues tenía dos pisos y un sótano, cualidades raras en el pueblo. La pintura se veía maltratada, las ventanas y la puerta descoloridas, sin duda hacía tiempo que no se preocupaban por la casa. Tocó por fin la puerta y esperó, mientras el corazón le latía apresuradamente.

— ¡Mónica! —gritó al verla Cristina y la estrechó cariñosamente. Los pasos de alguien que llegaba las hicieron separarse, y Mónica corrió a abrazar a su madre, a aquella mujercita flaca, de rostro ceniciento y ojos hundidos y sin brillo. Al abrazarla, Mónica se dio cuenta de la extremada delgadez de la mujer, de su rostro tan marchito y acabado, y se apretó a ella con ternura y dolor.

—¡Qué bueno que regresaste, hija! —decía la madre mientras se limpiaba una lágrima.

—¿Y papá? ¿Y Carlos?

—Papá está en la notaría, y Carlos sigue en la escuela. Ahora tiene a los niños de quinto.

-¿Y... Óscar...?

—Como siempre —dijo lacónicamente la mujer y suspiró. Su rostro parecía en ese momento más ceniciento y sus ojos más hundidos.

Al entrar a la recámara que había compartido con Cristina, durante tantos años, Mónica sintió remordimientos y dolor de haber dejado a su hermana languideciendo, consumiéndose en aquel encierro, y no habérsela llevado con ella cuando se fue a la capital. La habitación estaba igual: las dos camas de latón con sus colchas tejidas de hilaza blanca, nítidas y estiradas, como acabadas de poner; el viejo ropero de madera de ojo de pájaro que ellas habían heredado de la abuela; el tocador con su plancha de mármol, y el aguamanil y la jarra de porcelana; el buró con su candelero dorado y su vela lista para ser encendida, y el florero con jazmines que Cristina había cortado para recibirla sabiendo cuánto le gustaba su perfume.

—Cristina, hermana, ¡cómo te he extrañado, no sabes cuánto! —Y era sincera Mónica. En ese momento supo claramente que había extrañado a Cristina más que a nadie: la familia, la casa, el pueblo, todo era Cristina: esbelta, pálida, callada siempre, hacendosa y sufrida, resignada.

—Y yo, ¡no te puedes imaginar, cuánto! —y sus ojos se empañaron—, Sólo me consolaba pensando que volverías, pero, ¿te vas a quedar?, ¿no te vas a volver a ir?

—Ya platicaremos, Cristina.

—Tienes razón. Voy a ayudar a mamá a terminar de hacer la comida, descansa un poco, te ves fatigada.

Mónica se miró en el espejo del tocador-lavabo. Tenía razón Cristina, se veía fatigada y lo estaba. El temor a enfrentarse con todos los de la familia, la había puesto muy nerviosa y tensa. Pero era preciso correr el riesgo porque necesitaba mucho el afecto y la cercanía de los suyos. Empezó a sacar la ropa de las maletas y a colgar sus vestidos en el viejo ropero, al lado de los de Cristina. Aquellas prendas allí colgadas, unas al lado de otras, hablaban claramente de las dos mujeres que las usaban y del medio en que se movían.

Como a las dos de la tarde llegaron el padre y el hermano. El recibimiento fue cortés, pero frío. Mónica no había esperado nada distinto. Inmediatamente después de lavarse las manos se sentaron a la mesa. El padre rezó una breve oración, como acostumbraba hacerlo, y comenzaron a comer. Qué buena le supo a Mónica la comida de su casa, hecha con tanto cuidado y esmero por su madre. Poco se hablaba durante las comidas, al padre le molestaba y lo ponía de mal humor. Mónica le observaba, de reojo, en realidad casi no había cambiado, tal vez estaba algo más grueso y más calvo, pero continuaba igual de callado y metódico, de bueno y ordenado; con su servilleta puesta desde el cuello seguía sorbiendo la sopa, como siempre lo había hecho. En la otra cabecera de la mesa la madre servía la comida en silencio. "Ella no sólo ha cambiado", se dijo Mónica, "se acabó por completo". Enflaquecida en extremo, con la cara afilada y cenicienta y los ojos hundidos y sin brillo, más que un ser humano parecía una sombra dolorosa. Cristina, agobiada por el silencio, la soledad y la desesperanza, era una joven vieja, una flor marchita. Y Carlos, abstraído, encerrado en sí mismo, se veía más grande, representaba más edad que la que tenía. Mónica sintió una gran ternura y mucho dolor por todos ellos y gusto también por haber regresado. Un ruido, como de

trastos que caen por el suelo, hizo estremecer a Mónica. Los demás se miraron sin asombro.

—Ya debe de haber terminado de comer —dijo la madre levantándose de la mesa. Salió apresuradamente y desapareció por la puerta que conducía al sótano. A los cuantos minutos regresó trayendo una charola con pedazos de platos y vasos. Jadeaba un poco y su rostro tenía un leve color.

—Está muy nervioso, creo que es por... —y sus ojos se fijaron en Mónica—. Deberías darle algo, papá.

El padre terminó de comer rápidamente, se limpió la boca con la servilleta, sirvió un poco de agua en un vaso y se dirigió al sótano. El hermano se levantó de la mesa, cogió unos libros y se marchó.

Al día siguiente de su llegada Mónica comenzó a hacer la parte de los quehaceres de la casa que le correspondía, como antes de que se marchara para la capital. La misma rutina de siempre: a las seis y media de la mañana se levantaban; la madre daba de comer a los pájaros y limpiaba las jaulas; las dos hermanas ponían la mesa del comedor y preparaban el desayuno, y a las ocho se sentaban todos a la mesa. Pero antes se le llevaba el desayuno a Óscar porque pasaba el día de muy mal humor si no era atendido primero y él, desde el sótano, tenía gran conocimiento de los ruidos de la casa y de las horas; sabía cuándo se levantaban, cuándo entraban a la cocina, cuándo salían, todo. A las ocho y media se iba Carlos a la escuela y el padre, un poco más tarde, a abrir la notaría. Entonces las tres mujeres limpiaban la casa cuidadosamente. Cristina se encargaba de arreglar la cocina y de lavar la loza, la madre sacudía la sala y el comedor y Mónica se dedicaba a las recámaras y al baño. Mientras la madre salía a hacer la compra para la comida, las muchachas barrían y trapeaban el patio y el zaguán. Después, cuando la mujer regresaba con el mandado, Cristina le ayudaba a preparar la comida y a arreglar la mesa y Mónica lavaba la ropa sucia. En aquella casa siempre había algo que hacer: al terminar de comer se levantaba la mesa y la cocina, se remendaba y planchaba la ropa, y sólo después de la cena, cuando ya todo estaba recogido y acomodado, y el padre se ponía a estudiar en el violonchelo las piezas que se tocaban en la serenata de los domingos y el hermano corregía los trabajos de sus alumnos, las tres mujeres hacían alguna labor de tejido o de bordado.

Desde el sótano Óscar manejaba la vida de aquellas gentes. Así había sido siempre, así continuaría siendo. Comía primero que nadie y no permitía que nadie probara la comida antes que él. Lo sabía todo, lo veía todo. Movía la puerta de fierro del sótano con furia, y gritaba cuando algo no le parecía. Por las noches les indicaba con ruidos y señales de protesta cuando ya quería que se acostaran, y muchas veces también la hora de levantarse. Comía mucho, con voracidad y sin gusto, con las manos, grotescamente. A la menor cosa que le incomodaba aventaba los platos con todo y comida, se golpeaba contra las paredes y cernía la puerta. Raras veces permanecía silencioso, siempre estaba monologando entre dientes palabras incomprensibles. Cuando todos se habían retirado a sus habitaciones Óscar salía del sótano. Sacaba entonces el agua del pozo y regaba las macetas cuidadosamente y, si estaba enojado, las rompía estrellándolas contra el piso; pero el día siguiente había que reponer todas las macetas rotas, pues él no soportaba que disminuyeran, siempre tenía que haber el mismo número de macetas. Cuando terminaba de regar las macetas entraba a la casa y

subía la escalera que conducía a las habitaciones. Hacia la media noche se escuchaba el crujir de la vieja madera de la escalera bajo el tremendo peso de Óscar. A veces abría la puerta de una de las recámaras y tan sólo se asomaba, volvía a cerrar la puerta y se regresaba al sótano. Pero otras veces entraba a todos los cuartos y se acercaba hasta las camas y allí se quedaba un rato, inmóvil, observando, y sólo su brusca y fuerte respiración rompía el silencio de la noche. Nadie se movía entonces, todos permanecían rígidos y paralizados ante su presencia, pues con Óscar nunca se sabía qué podía suceder. Después, en silencio, salía de la habitación, bajaba pesadamente la escalera y entraba al sótano a acostarse. En aquella casa nadie había dormido jamás tranquila ni normalmente, su sueño era ligero, atento siempre al menor ruido. Pero, nadie se quejaba nunca, resignados ante lo irremediable, aceptaban su cruel destino y lo padecían en silencio. En los días de luna llena Óscar aullaba como un lobo todo el tiempo del plenilunio y se negaba a comer.

Podía decirse que la familia Román era una de las familias más acomodadas del pueblo: tenían casa propia y grande, una notaría, un hijo maestro de escuela y, sin embargo, apenas les alcanzaba el dinero que el padre y el hijo ganaban para solventar los gastos de aquella casa; es decir, los muchos gastos que originaba Óscar. Con bastante frecuencia había que reponer cinco, diez, muchas macetas, y ni qué decir de la loza, continuamente se compraban platos, tazas, vasos, y además la ropa que desgarraba y hacía jirones: camisas, pantalones, sábanas, colchas, cobertores; también destrozaba sillas y muebles y, agregado a todo esto, las medicinas que constantemente se le administraban y que eran bastante caras.

Contadas eran las visitas que se recibían en la casa del notario, tan sólo algunos familiares o amigos muy íntimos cuyas voces Óscar conocía muy bien, desde pequeño, los cuales iban muy de tiempo en tiempo a saludarlos y a tomar un chocolate mientras platicaban un rato a la caída de la tarde. Una persona desconocida nunca hubiera podido entrar en aquella casa, Óscar no lo hubiera soportado ni tolerado. Las mujeres sólo salían a lo indispensable: el mandado, las varias compras, la misa de los domingos y alguna vez entre la semana al Rosario, algún pésame o entierro, algo verdaderamente muy especial, pues estas cosas lo excitaban sobremanera, él no admitía nada que rompiera o alterase el ritmo y la rutina de su vida y de sus hábitos. Cuando ellas salían, el padre o el hermano se quedaban en la casa porque Óscar temía a la soledad hasta un punto increíble y conmovedor y, además, existía el peligro de que pudiera escaparse.

Mónica había perdido la costumbre de acostarse temprano y pasaba largas horas despierta escuchando la leve respiración de Cristina y pensando en tantas y tantas cosas, hasta que oía las sordas pisadas de Óscar. Entonces Mónica se quedaba muy quieta y cerraba los ojos para que él creyera que dormía. Óscar permanecía junto a su cama algunos minutos, que a Mónica le parecían interminables, eternos. Iba todas las noches a observarla, tal vez extrañado de verla de nuevo allí o queriendo cerciorarse de si era ella. Los años vividos en la ciudad la habían hecho olvidar aquella pesadilla que no terminaba nunca.

Ese día, seis de agosto, Óscar había estado insoportable desde el amanecer. Una de las medicinas que tomaba, y que lo tranquilizaba bastante, se encontraba agotada y el médico la había suplido con otra, que no le surtía gran efecto. Durante horas había

estado gritando, aullando, vociferando, rompiendo todo lo que tenía a su alcance en el sótano, moviendo con furia la puerta de fierro cerrada con candado, aventando los muebles contra ella. Había botado la charola del desayuno, la de la comida; no oía ni atendía a nadie. "Óscar está peor que nunca", dijo la madre cuando llegaron a comer su marido y su hijo. "Yo no sé qué vamos a hacer", seguía diciendo la mujer y se apretaba las manos, agobiada por la angustia: "se ha negado a comer, lo ha roto todo..."

Sin decir una palabra más se sentaron a la mesa, entre aquel insoportable ruido y gritos y aullidos y carcajadas; abatidos por aquella tortura que les estrujaba el alma. La madre se limpiaba con los dedos, las lágrimas que no lograba contener. Ni siquiera se escuchaba ahora el acostumbrado sonido que hacía el padre al sorber el caldo.

—Se ha negado a probar bocado, no quiso desayunar ni comer —volvió a decir la madre, como si no lo hubiera comentado ya cuando llegaron el notario y su hijo.

—Ha despedazado todo lo que ha podido —comentó Cristina.

—Creo que sería conveniente ir a avisarle al doctor del estado en que se encuentra —dijo Carlos.

La angustia había logrado romper aquel silencio que el padre había impuesto en las comidas, durante tantos años.

—si será prudente aumentarle la dosis

—pero... a lo mejor...

—¡qué hacer, Dios mío, qué hacer!

—yo creo que es efecto de la luna

—o de la canícula

—sólo Dios sabe, ¡sólo Dios sabe!

—ésta es la peor de las crisis

—tiene los ojos enrojecidos y como saltados

—se ha golpeado mucho y sangrado

—ha estado tratando de abrir el candado

—yo creo que la medicina lo ha puesto así

—a veces los médicos no saben ni qué recetan

—estaba tan calmado, tan bien

—ayer estuvo cantando, la misma canción todo el día y toda la noche, pero cantaba

—sí, pero, anoche rompió todas las macetas

—¡ay Dios mío, Dios mío!

—dicen que hay un yerbero en Agua Prieta que es muy bueno

—a veces son puros charlatanes que roban tiempo y dinero —intervino el padre—, yo creo que lo mejor será inyectarlo y que se duerma, ojalá y cuando despierte ya haya pasado la crisis, voy a preparar la jeringa. —Y se levantó de la mesa.

—Tengo miedo, papá —dijo la madre acercándose a su esposo y tomándolo-de un brazo—, mucho miedo.

—Ya lo he inyectado en otras ocasiones y no ha pasado nada, tranquilízate mujer, ten calma.

—Ya está lista la lámpara —dijo Carlos. Y los dos hombres bajaron al sótano. Las mujeres se quedaron allí, inmóviles y mudas, como tres estatuas.

Gritos inarticulados, ruidos de lucha, de golpes, de cuerpos que caen, gemidos, exclamaciones... De pronto todo cesó, sólo se oían las respiraciones jadeantes de los dos hombres, que bañados en sudor salían del sótano, agotados y maltrechos como si hubieran luchado con una fiera.

Aquel tremendo esfuerzo fue excesivo para el cansado corazón del notario, que se paró de pronto, al día siguiente, cuando se encontraba copiando una escritura en su Protocolo. Ya estaba muerto cuando lo llevaron a su casa. Lo velaron en la sala toda la noche. A pesar de ser un hombre tan querido y respetado en el pueblo, sólo pudieron asistir al velorio los pocos familiares y amigos que frecuentaban a los Román y cuyas voces Óscar conocía. El dolor de la familia fue enorme, destrozados por la pena permanecieron todo el tiempo junto a su muerto llorando en silencio. Al día siguiente fue el entierro después de la misa de cuerpo presente, y a la parroquia y al cementerio sí asistió todo el pueblo. Sus compañeros de la banda municipal lo despidieron tocándole sus vales favoritos: *Morir por tu amor* y *Tristes jardines*.

Desde ese día en que murió don Carlos Román empeoró la vida de aquellas gentes: la casa con sus crespones negros en la puerta y en las ventanas, las ventanas entrecerradas, las mujeres enlutadas, silenciosas, ensimismadas o ausentes, especialmente la madre que más que un ser vivo parecía un espíritu, una figura fantasmal o la sombra de otro cuerpo, y Carlos, cabizbajo, amordazado por la angustia y el sufrimiento, sabiéndose caminar en un callejón sin salida, acorralado, sin encontrar ni solución ni esperanza para aquel infortunio, que venían padeciendo y arrastrando penosamente a través de la vida. La fatalidad se imponía y eran sus víctimas, sus presas, no había salvación.

A la semana de haber muerto el notario la madre cayó enferma, un día no se levantó más aquella mujer que se había consumido por completo. Y ni siquiera el médico podía entrar a la casa a recetarla, Óscar no lo hubiera permitido. Carlos le informaba diariamente cómo se encontraba su madre y compraba las medicinas que ordenaba. Pero todo esfuerzo era inútil, aquella vida se apagaba lentamente, sin una queja ni un lamento. Pasaba el día entero sumida en un profundo sopor, sin moverse, sin hablar, yéndose.

Pocos días vivió la madre, sólo un suspiro y nada más; ni estertores, ni convulsiones, ni estremecimientos, ni gritos de dolor, nada, solamente un suspiro y se fue a seguir al compañero con quien había compartido la vida y la desdicha. Fue velada en el mismo lugar donde lo había sido don Carlos, enterrada también junto a él. Esa noche, la del entierro, Óscar la pasó en la recámara vacía aullando y rechinando los dientes.

Siguieron pasando los días de aquel verano luminoso y perfumado, días largos, noches interminables, los tres hermanos encerrados dentro de sí mismos, sin atreverse a hablar, a comunicarse, tan ensimismados y huecos como si los pensamientos y las palabras se les hubieran extraviado o se los hubieran llevado los que se fueron. Cada domingo, después, de asistir a misa, Cristina y Mónica iban al cementerio a llevarles

flores a sus queridos muertos. Carlos se quedaba en la casa cuidando a Óscar. Por la tarde se sentaban las dos hermanas a tejer junto a la ventana de la sala, y desde allí miraban pasar la vida, como los prisioneros a través de los barrotes de su celda. Carlos aparentaba leer y se mecía en la mecedora de bejuco, donde su padre dormía unas breves siestas antes de irse a tocar a las serenatas de la Plaza de Armas.

Immense se veía la luna esa noche de plenilunio en agosto, había hecho bastante calor durante el día y continuaba aún en la noche, apenas si se soportaba una sábana sobre el cuerpo. Óscar aullaba como siempre lo hacía en las noches de luna llena y nadie lograba conciliar el sueño, aullaba y rompía macetas, subía y bajaba las escaleras, vociferaba, aullaba, gritaba, subía y bajaba... Agobiados por el calor que había aumentado fueron dejándose caer poco a poco en el sueño, en un sueño rojo, ardiente como una llamarada abrasadora, que los envolvía, hasta que llegó la tos, una tos seca y obstinada que los despertó. Con ojos desorbitados contemplaron las lenguas de fuego que llegaban ya hasta las habitaciones subiendo desde la planta baja, y el humo denso y asfixiante que los hacía toser, llorar, toser, y los aullidos de Óscar, que estaba sin duda abajo en el sótano, aullidos y carcajadas, carcajadas de júbilo como nunca las habían oído, y las llamas entrando, casi alcanzándolos. No podían perder tiempo, la escalera había sido devorada por el fuego, sólo quedaban las ventanas. Anudando sábanas Carlos bajó a Cristina, después a Mónica y por último él se descolgó. Cuando Carlos tocó pisó la casa estaba completamente invadida por las llamas que salían por las ventanas, por la puerta, por todos lados. Aún se escuchaban las carcajadas de Óscar cuando los tres tomados de la mano, empezaron a caminar hacia la salida del pueblo. Ninguno volvió la cabeza para mirar por última vez la casa incendiada.

LA CARTA

Hablo para ti. Para esos días en que uno elige una ruta en un país desconocido y sucumbe de melancolía y soledad. Para esos amaneceres en que los ojos son vigías incansables. Por los instantes que yo quería apresar a tu lado, mientras tú me enseñabas la difícil disciplina de alejarme. Por los castillos que construí en la arena y que un leve viento derrumbaba. Por la rosa que te di, un poco marchita, es cierto, y que tú dejaste morir en un vaso sin agua. Por las palabras nunca dichas, pero leídas en tus ojos claros. Hoy hablo para ti, hoy que tengo todo el tiempo para hacerlo y no aquellas entrevistas, que me permitían sólo decir tan poco o nada, y quedar ahogada en palabras y pensamientos y sensaciones. En todo lo que no supe ni pude expresar nunca. Yo sabía que cada momento era irremplazable y no quería perder uno solo a tu lado, pero tú los dejabas ir, como se dejan pasar los años, o la vida. Quizás ahora ya pueda decirte algo, o dentro de un mes, o de un siglo, o de un instante; qué importa el tiempo que transcurra si finalmente es tan sólo una línea, una división convencional para ordenar la diaria existencia, situar al pasado o al futuro. Tal vez un día, el menos pensado, un día gris o lluvioso, pueda contar bien nuestra historia, porque tú nunca me dejaste hablar de nuestro verdadero encuentro. Tenías miedo y por eso no me escuchabas; o te hacías el desentendido, ¿te acuerdas? Cada vez que yo empezaba a hablar de lugares, personas, alegrías o tristezas, de tantas cosas compartidas o de nuestro primer rompimiento, era como un puente que yo tendía en el espacio y que tú no querías, te negabas a cruzar, para así no recordar y comprenderme mejor. Y comprender, tú bien lo sabes, es ahondar, llegar hasta el alma, pero llegar allí estremece por temor a encontrar sólo tedio, o quizás el deslumbramiento, algo que encadene para siempre, o también diversas formas de amor o de miedo. Y del amor muchos huyen como de una catástrofe o de un violento huracán. Yo nunca huí del amor, lo supiste; me precipité siempre a ciegas en sus aguas; lo apuré con una sed inmensa jamás saciada: buscaba mi paraíso. Y en ese empeño agoté la vida. Los relámpagos desgarran el cielo y destruyen su azul, presagian las tempestades; así rasgué mi alma, mi fantasía siempre equivocada. La claridad de una dicha se filtraba en mi vida en instantes sólo creados por la ilusión, para caer después en la tiniebla más densa, en el vacío sin fin, en el pozo sin fondo. Sólo contigo puedo hablar así; llamar las cosas por su nombre y decirles noche, flor o lluvia: nombrarlas como lo que son o fueron. Algunas veces, te contaba, arribé a los umbrales de la dicha; pero después llegaba la luz y todo el misterio se desvanecía, todo recobraba su forma verdadera y era preciso, entonces, partir hacia el día infinito y real. No basta saber que el amor existe, hay que sentirlo en el corazón y en todas las células. Saber darlo todo a manos llenas, pero recibir algo a cambio; una correspondencia del alma, aceite o leña, para alimentar el fuego. Nunca has sabido de este amor caído de bruces sobre sus propias brasas. Ni siquiera aquella noche que te marchaste encolerizado sin decir ni adiós reparaste en la sorda pesadez de mis pasos, en las lágrimas que me caían por dentro. Todo estaba igual en la calle y dentro de ti: el alumbrado mortecino, los automóviles con prisa, los transeúntes con el diario bajo el brazo y el cigarrillo consumiéndose entre los labios. Todo estaba igual, también la lluvia con su monótono caer. Tal vez tú pensaste "ahora que me voy se habrá sentado a ver la televisión o a escuchar la radio, estará tomando

café y fumando sus largos cigarrillos". Pero no, todo estaba igual fuera y dentro de ti, pero detrás de la puerta que cerraste, quedaba este amor que no entendiste y que se quedó inventándose el sonido de tus pasos en la escalera, el timbre del teléfono. En tus ausencias me habitué a la silenciosa espera, buscando una forma de virtud en ello. Sin embargo, te lo confieso, me desesperaba el paso igual de los días, sin que surgiera ni una solución ni una esperanza. Me proponía entonces olvidar las horas, las cosas que me rodeaban, todo lo que me inquietaba, y me perdía, como en una selva, en alguna lectura. ¡Ah, si supieras, cuántas noches imaginé que llegaríamos juntos al alba, a la tierra ya conocida donde la paz nos aguardaba! Hubo veces en que quise comunicar la alegría o la tristeza, las que tú me dabas, pero las guardé siembre dentro de mí por temor a estropearlas, y todo ni ser se llenaba de una gran plenitud. Al reencontrarte rompí los hilos de mi pasado, de todo lo que no estaba ligado a ti y acompasé mi paso al tuyo, hasta donde tú quisiste. Nunca te he hablado de los crepúsculos desmadejados en el árbol enorme que había frente a mi ventana, por donde me fugaba siempre y te llevaba a conocer los lugares y los sitios amados: jardines y huertos, cuartos llenos de cosas viejas, queridos juguetes rotos, retratos de familia, de perros y de gatos inolvidables, inicones, cuevas y alamedas umbrosas; el parque hundido con su estanque, más hundido aún que el mismo viejo parque; su fondo estaba lleno de lama y musgos, hierbas acuáticas y misteriosas grietas por donde los peces desaparecían; peces de colores que brillaban y relucían, como si fueran de oro y plata, cuando los tocaba la luz del sol. Allí pasaba yo las tardes de mi infancia, y sólo me marchaba cuando ya no se veían los peces en el agua ensombrecida y el viento soplaba fuerte. A lo largo de mi vida caminé por las playas oyendo el mar, conocí las alturas de las montañas y los extensos valles, las tardes malva y los cielos amarillos del otoño. Caminé siempre a solas sin más compañía que la esperanza. Esperé largos años como siglos, sólo me quedaron las manos vacías y el corazón herido de frío. Por todo eso hablo solamente para ti que me enseñaste el gusto amargo de la vida y a buscar belleza en todo lo que nos rodea; a no desear sino lo que se nos da y a encontrar en ello la satisfacción completa; a separar cada instante y retener su goce aislado; a apurar el dolor del renunciamiento y seguir como un ave nómada. Hablo para ti por todo esto y mucho más; para ti que abriste ventanas clausuradas y de la mano me ayudaste a transitar a través de la estación más amarga y dolorosa. ¿Por qué, dímelo ahora, cambiabas tanto? Tu actitud abría largos corredores a las dudas y a los temores. Me preguntaba y me pregunto aún, porque nunca lo supe de cierto, si sólo fui una estación, una etapa más en tu vida, o raíz que sostiene y nutre. Ahora mismo te estoy hablando, quiero decirte más cosas, todas las que he callado día tras día, y saber por ti otras, otras muchas, las que necesito para aclarar mis dudas y esa incertidumbre que me ha consumido siempre. Te hablo, te hablo, pero tú no me escuchas. Miras a través de la ventana la caída del sol, y un paisaje de árboles y altos edificios. Te has quedado ensimismado. ¿En qué piensas? Lo supe muchas veces, tus ojos me lo revelaban siempre: los silencios eran para nosotros un lenguaje claro donde todo se entendía; pero otras, era como si un ala negra se desplegara, y yo me quedaba sumida en la oscuridad sin conseguir penetrar tu pensamiento, así como ahora que ni siquiera te percatas de que estoy aquí, a tu lado, hablando, mirándote, esperando..., no existo para ti en este momento, ni en presencia ni en recuerdo. Me voy. Te dejo contigo mismo, en ese mundo tan tuyo en donde no necesitas de nada ni de nadie para vivir, encerrado en

tu círculo, en tu torre de marfil impenetrable..., pero sé de cierto que no encontrarás paz ni reposo, y tendrás que buscarme, como en la vez anterior y completar la historia... ¡ah!, si tú pudieras saber cuántas veces en la soledad sin reposo, bajo la lluvia que se filtra, en el lento fluir de la ausencia, o en el río de azogue que corre por mi sueño, bajo el leve peso de los pájaros o con sólo recordar nuestras frustradas vacaciones en el mar, los ojos nocturnos de los peces, en medio del silencio que me rodea cortado por sonidos de viento, de sombras y de agua, a través de la larga noche, siento recuperar tu rostro, tu voz, tus palabras..., sí, sé que algún día darás con estas rocas cubiertas de líquenes y musgos. Bajo ellas ahí estoy.

ESTOCOLMO 3

A pesar de ser otoño hacía un tiempo espléndido la tarde en que yo caminaba por la Colonia Juárez rumbo a la calle de Estocolmo. Allí vivían, en el número 3, desde hacía dos meses, Homero y Betty. Sin embargo, era la primera vez que iba a su nuevo departamento. Primero había sido la enfermedad de mamá, que me tuvo a su lado todo el tiempo, como sucedía siempre que algo perturbaba su salud, lo que me había impedido visitarlos. Mamá es de esas personas demasiado aprensivas a quienes hay que dedicarse en cuerpo y alma, pues si llegan a sentirse poco atendidas o descuidadas caen en fuertes crisis depresivas que ponen en peligro su recuperación. Después, por el trabajo rezagado y la intención de ponerlo al corriente se fue pasando el tiempo, y éramos tan amigos que sólo por inconvenientes así se justificaba que hubieran pasado tantos días sin verlos. En el reloj de la Profesa daban las seis de la tarde cuando toqué el timbre de Estocolmo 3. Casi sin aliento llegué hasta el quinto piso donde estaba el departamento de mis amigos.

—Pero qué agradable sorpresa.

—Por fin te dejás ver.

Y los dos comenzaron a hacerme mil reproches por el largo tiempo que había dejado de verlos, tanto, que ni siquiera conocía la nueva casa. Yo trataba de explicarles todo lo que me había ocurrido y por qué no me había sido posible visitarlos antes.

Un poco aclaradas las cosas, Betty me quitó el abrigo y se encaminó al dormitorio a dejarlo, mientras Homero me mostraba la estancia.

—Tiene una vista estupenda —decía al tiempo en que descorría la cortina para que yo pudiera admirar un magnífico panorama que el crepúsculo matizaba con tonalidades rosas y ocres. Le aseguré que el departamento me parecía muy bonito, y era verdad, pues aquella pequeña estancia, lo único que conocía hasta ese momento, con su gran ventanal, muros recubiertos de madera y chimenea, era de lo más agradable y acogedor, y ellos la habían amueblado con buen gusto: un sofá amplio y dos butacas (de esas en que uno se hunde cómodamente), varios estantes llenos de libros, una mesa de trabajo, cuadros, lámparas, y muchas otras pequeñas cosas que uno gusta de ver y tener cerca.

—Los pisos altos tienen muchas ventajas —seguía diciendo Homero.

Estuve de acuerdo con él, pero no dejé de hacerle notar que la escalera era bien pesada, y que yo aún no recobraba mi aliento. "Se acostumbra uno pronto y, además, es un buen ejercicio que lo mantiene a uno ágil y favorece la circulación." Nos sentamos y Homero siguió platicándome de lo contentos que estaban con el departamento; que cada día le descubrían mayores ventajas; que había sido una gran suerte encontrarlo en ese punto de la ciudad, tan bien comunicado, como si hubiera sido hecho precisamente para ellos, de acuerdo a sus necesidades, con una renta bastante moderada, sin ningún ruido, y donde él podía trabajar a gusto.

Betty regresó de la recámara con una caja de bombones y una cajetilla de cigarrillos y, tras ella, una muchacha rubia vestida de blanco. Al verlas llegar intenté moverme hasta un extremo del sofá para dejarles lugar donde sentarse.

—No, no te incomodes, estás bien ahí, yo me voy a sentar aquí junto a Homero —y acercó una silla.

—¿Qué opinan si tomamos un ron? —propuso Homero.

—Desde luego —afirmó Betty.

—Me parece buena idea —dije yo, que, debo confesar estaba bastante sorprendida y desconcertada por aquella descortesía, ¿o de qué otra manera llamarla?, de no presentarme a la joven de blanco. A lo mejor pensaban que ya la conocía; pero, de todos modos... Me preguntaba también si no sería alguna pariente de Betty, pues yo no conocía a su familia que vivía en Nueva York.

—A ti no te gusta muy fuerte, ¿verdad? —recordaba Homero cuando estaba preparando las copas.

—Lo deajo a tu gusto.

—¿Y cómo está tu madre ahora? —preguntó Betty.

Comencé a informarle a grandes rasgos sobre la salud de mamá, sin dejar de observar de reojo a la muchacha, que se había quedado de pie junto a un librero mirando los volúmenes. Homero vino con las copas para Betty y para mí, luego trajo la suya y se sentó. Los dos hacían caso omiso de la muchacha y yo no me atrevía a preguntarles nada, porque su misma presencia me intimidaba y no entendía qué estaba sucediendo allí.

—Por el gusto de tenerte aquí.

—Ya teníamos ganas de verte.

—Y yo no menos que ustedes. Y ¿cómo te va con tu nuevo trabajo, Homero?

—Bastante bien. Dos o tres horas por las mañanas solamente. No se puede decir que sea pesado.

—Y ¿es interesante lo que haces?

—Leer todos los periódicos, recortar notas, archivarlas, eso es todo...

—Tienes suerte, no cabe duda, pues me parece un trabajo perfecto.

—Lo mejor sería no trabajar —dijo riéndose Betty—, ¿no les parece?

Seguimos platicando un poco de todo. Homero y Betty casi se quitaban la palabra. Realmente estaban muy animados esa tarde. Entretanto, la muchacha se acercó hacia donde estábamos y se sentó en una silla de bejuco, tan frágil y fina como ella misma. Desde ahí nos observaba en silencio. Yo miré a mis amigos con mirada inquisidora, pero ellos no se dieron por aludidos, como si no quisieran tomarla en cuenta. Entonces me puse a pensar si sería una de esas personas que abusan de la amistad, que acostumbran perturbar la intimidad de amigos y vecinos, y de las que nunca se sabe cómo desembarazarse y se termina por odiarlas frenéticamente. Era indudable que ellos sabían lo que estaban haciendo. Traté, entonces, de no preocuparme demasiado por su presencia, pero tampoco lograba ignorarla, sentada allí, tan quieta, en conmovedor silencio.

Pocas veces he estado tan incómoda como esa tarde en que visité a Homero y a Betty en su departamento de Estocolmo 3. Soy de esas personas con una rígida educación y

me mortifica profundamente cometer lo que a mi juicio pueda calificarse de faltas elementales de buenos modales o de cortesía. Así que, sólo mediante un gran esfuerzo, lograba soportar aquella absurda y molesta situación y me decía que más tarde, o cuando hubiera oportunidad, ellos me explicarían los motivos especiales y sin duda justificados que tenían para tratar de esa manera a la muchacha de blanco.

Homero insistió en que tomáramos otra copa y, mientras él la preparaba, Betty se levantó a encender las lámparas porque ya había oscurecido y apenas si nos veíamos las caras. Al pasar junto a la muchacha tropezó con su silla y, por poco la tira al suelo; pero ni siquiera por esto fue para pedirle la más mínima disculpa y siguió como si nada hubiera ocurrido. Yo no me enteré de qué cara puso la joven, pues no me atreví a mirarla. Ahora sí ya no sabía qué pensar de todo aquello y había empezado a sufrir por la pobre chica que, sin duda, no tenía el menor sentido de la dignidad, o el tacto de irse. En fin, la gente es tan rara a veces...

Homero regresó con las copas y seguimos nuestra charla. Me contaron que les habían pintado todo el departamento según su deseo, pues antes tenía un papel tapiz oscuro que lo ensombrecía demasiado y le daba un aspecto fúnebre. También les habían puesto una estufa nueva porque la que había no funcionaba bien. El dueño del edificio era una finísima persona, que había accedido a todo cuanto ellos le solicitaron, ni siquiera fianza les había pedido, y sólo habían dado una renta adelantada. Les subían la correspondencia para que no tuvieran que molestarse en bajar a recogerla; tenían agua caliente todo el día; el gas y la luz estaban incluidos en el alquiler y, en fin, Homero y Betty, nunca habían soñado en encontrar un departamento con tantas ventajas como ese. El reloj de la Profesa dio ocho campanadas que me sonaron tristísimas, así se lo dije a ellos. Betty aseguró que no tenían nada de tristes y que eran iguales a las de otros templos. Entonces fue cuando la muchacha se levantó y se encaminó hacia la recámara sin decir nada, así como había llegado.

—Por fin se va... —comenté en voz muy baja, para que ella no pudiera oírme.

—¿Quién se va?

—¿De qué hablas?

—De ella —contesté simplemente y, con la vista, indiqué a la muchacha que ya entraba en el dormitorio, mientras me preguntaba qué les sucedía a Homero y a Betty.

—No te entiendo —dijo Betty.

—¿No serán los rones? —comentó, burlón, Homero.

—Nunca pensé que esto fuera una broma de ustedes —les reproché. A decir verdad, todo me parecía muy extraño.

—Ésta sí que es la confusión de las lenguas —dijo Homero—, Nadie sabe de qué habla el otro.

—Claro que sí sabemos, pero ya terminen de una vez —supliqué.

—Te aseguro que no sabemos de qué...

—Bueno, de todos modos fue demasiado tenerla así, todo este tiempo —les dije.

—¿Tenerla así, dónde?

—Pero, ¿cómo dónde? Aquí —y señalé la silla que acababa de desocupar la muchacha—, sentada horas y horas sin hablar, como si fuera una pobre muda. Creo que fue excesivo y desconsiderado.

—¿Sentada aquí? —comentó Betty, como sin entender, y miró a Homero fijamente.

—¿Y quién es? ¿Cómo se llama? —se me ocurrió preguntar.

—Bueno... el caso es, que... —comenzó a decir Homero mientras se frotaba las manos como solía hacerlo cuando estaba nervioso:

—¿Para dónde se fue? —preguntó de pronto Betty, interrumpiendo, lo que Homero iba a decir.

—A la recámara —contesté.

Sin decir más los dos se levantaron y se dirigieron hacia el dormitorio, y yo detrás de ellos. Entramos a la recámara y no había nadie allí, sólo un fuerte olor a gardenias y a nardos, un olor demasiado dulce y pegajoso, denso y oscuro, atrayente y repulsivo, que no se podía dejar de aspirar y que contraía el estómago en una náusea incontenible.

—Pero, ¿tú crees que...? ¿Si será la...? —le preguntaba Betty a Homero. Betty tenía los ojos muy abiertos y le temblaba la boca al hablar.

—Uno qué sabe de esas cosas — comentó sencillamente Homero que seguía restregándose las manos, presa de una gran nerviosidad.

Yo decidí marcharme en ese momento. Además de tener el pendiente de mamá que se había quedado sola, me sentía bastante perturbada.

Después supe que Homero y Betty se mudaron de Estocolmo 3 al día siguiente. Después supe, también, muchas otras cosas.

EL PABELLÓN DEL DESCANSO

Por más que lo intentaba no podía dejar de pensar que todo había comenzado, o se había desencadenado, con la visita de la Nena y de Billy. Angelina se había esforzado demasiado en tener la casa impecable, y todo correctamente organizado para impresionar bien al cuñado norteamericano y que él tuviera la mejor opinión de la familia de su mujer y de su casa. Cosas como estas son muy importantes al principio del matrimonio, y más si se toma en cuenta que Billy pertenecía, según la Nena le había platicado en sus cartas, a una familia muy distinguida, conservadora y en extremo escrupulosa, que había puesto varias objeciones al matrimonio de Billy y de la Nena, por no saber — ¡claro está!— de qué origen era la Nena, pero que finalmente había tenido que dar su consentimiento. Ni Angelina ni su tía pudieron asistir a la boda por encontrarse la señora muy delicada de salud en esos días, y ella no se había hecho el ánimo de dejarla enferma y sola. La Nena se había casado a fines del año anterior y siempre mencionaba en sus cartas lo feliz que era, la suerte que había tenido de casarse con Billy y lo orgullosa que estaba de su familia política, tan refinada y distinguida. Cuando anunció la Nena que vendrían Billy y ella para las vacaciones del verano tan sólo con un mes de anticipación, Angelina ya no tuvo paz. Se dedicó en cuerpo y alma al arreglo y limpieza de aquella vieja casa porfiriana que, a decir verdad, estaba muy descuidada, porque su tía hacía tiempo que ya no podía o no quería hacer nada, Julia la nana, vieja también, sólo se dedicaba a la cocina y a atender los caprichos de la señora, y Angelina, que trabajaba hasta las cinco o seis de la tarde, solamente disponía de unas horas para hacer mil cosas y entretener un poco a su tía, quien siempre se estaba lamentando de su triste vida de mujer enferma y sola. Comenzó bajando de los estantes todos los libros de la biblioteca y sacudiéndolos uno por uno. Quitó las cortinas de todas las habitaciones y las lavó y planchó ella misma, por temor de que si las enviaba a la lavandería a lo mejor las maltrataban o rompían, puesto que ya eran algo viejas y había que tratarlas con mucho cuidado. Enceró y lustró todos los pisos así como los muebles de madera. Tuvo que almidonar manteles y colchas, limpiar y pulir la plata, desempolvar los marcos de los cuadros, los muebles y las alfombras, alistó la vajilla, lavó los candiles y los espejos, y revisó tantos y tantos pequeños detalles que no se deben descuidar si uno quiere quedar bien y producir una buena impresión.

Cuando Billy y la Nena llegaron, la casa estaba reluciente. Y Angelina se sentía contenta y satisfecha. A la Nena le había sentado el matrimonio, no cabía duda; se veía tranquila y reposada. También su manera de vestir había cambiado: usaba ropa sencilla de corte clásico y de colores neutros o tonos suaves; se maquillaba con mucha discreción y había olvidado por completo las pestañas postizas, las pelucas y los trajes extravagantes que antes usaba. Consultaba a Billy para todo y no lo molestaba en nada. Qué gusto daba ver a la Nena convertida en una verdadera señora. Esto lo comentaron muchas veces Angelina y su tía, quien no podía creer que esa recién casada tan discreta y moderada fuera aquella muchacha tan llamativa y exagerada, que un día se fuera a trabajar a los Estados Unidos. "No cabe duda de que Billy sí ha sabido manejar a la Nena", decía la tía a cada momento; "pero ¿te fijas con qué tacto se

comporta la Nena?"; "¡quién lo hubiera creído!"; "yo no me esperaba este cambio tan radical..."

Si los preparativos para la visita fueron agotadores, los días en que estuvieron Billy y la Nena resultaron exhaustivos. Billy era todo un caballero, sumamente educado, muy fino y en extremo metódico: acostumbraba desayunar a las ocho de la mañana, comer a la una en punto y cenar entre siete y media y ocho de la noche. Para que ese horario pudiera llevarse a cabo sin ningún tropiezo, la pobre Angelina tenía que levantarse a las seis de la mañana y dejar preparada la comida antes de irse a su trabajo. Porque la vieja Julia, muy claro había dicho que ella no se comprometía a darles de comer a esa hora y, cuando decía una cosa, así era.

A la salida del trabajo, Angelina corría al Supermercado a hacer las compras para el día siguiente y luego, a toda prisa, se ponía a preparar la cena. Después de cenar salían al cine o al teatro, visitaban a algunos amigos de la Nena o de la familia, iban a tomar una copa o, simplemente daban una suelta por la ciudad, cosa que a Billy le agradaba mucho. Angelina se excusaba algunas veces de no salir en la noche pero, como notara que esto molestaba a Billy, no volvió a negarse. Si se quedaban en a. casa la velada transcurría platicando con la tía Carlota o viendo la televisión y así daban las doce o la una de la mañana igual que cuando salían. Y ella, que se levantaba tan temprano, a esa hora se encontraba totalmente rendida, muerta de sueño y de cansancio, soñando con la tibieza de su cama. Cuando por fin se acostaba, la fatiga y la tensión nerviosa le impedían conciliar el sueño, y sólo lograba dormirse casi a la hora de levantarse. Al sonar el despertador a las cinco y media, Angelina sentía que no tenía fuerzas para levantarse, que su cuerpo no podía más con aquel enorme esfuerzo que estaba haciendo día tras día, y sólo era su voluntad la que la hacía ponerse en pie y seguir adelante, otro día más, otro más... Así transcurrieron las tres semanas que duró la visita de la Nena y de Billy.

Cuando por fin se marcharon (y conste que Angelina adoraba a la Nena, a quien había querido siempre no como hermana menor, sino como hija, porque cuando la Nena nació y murió su madre, Angelina y la tía Carlota cuidaron a la niña que fue una muñeca de carne y hueso para Angelina quién entonces dejó de jugar con las de pasta y de celuloide. Angelina ya no tenía ropa que ponerse, todo le quedaba tristemente flojo, como si no fuera de ella. Había perdido peso y estaba demacrada, y aunque no le gustaba tuvo que empezar a usar un poco de rubor para disimular aquella tremenda palidez. "Si vieras qué cansada me siento, como si tuviera un fuerte agotamiento", le dijo varias veces a la tía Carlota. "Te aseguro que no tanto como yo", contestaba invariablemente la tía, quien no podía admitir que otra persona estuviera más enferma que ella. "Yo, a tu edad, nunca sentí fatiga, era incansable, me movía de la mañana a la noche y como si nada; en cambio, ahora, los años, las enfermedades tan serias que he tenido, y que tengo, más bien dicho, porque lo que yo tengo sí son cosas serias y delicadas, y ya ves cómo las he soportado..." Y Angelina entonces hablaba de otra cosa, porque su tía nunca tomaría en cuenta otra enfermedad que no fuera la suya propia.

Una mañana Angelina se desmayó en la oficina al estar tomando un dictado de su jefe. Inmediatamente se la envió con el médico de la compañía, quien ordenó una serie de análisis, como es la costumbre.

—Esto es más serio de lo que yo pensaba —dijo el médico cuando Angelina le llevó los resultados del laboratorio—. ¿Qué familiares cercanos tiene usted, señorita Ruiz?, pues me gustaría hablar con alguno de ellos.

—Realmente estoy sola. Mi hermana y su esposo radican en los Estados Unidos, y la tía con quien vivo es una mujer vieja y enferma y... —estuvo a punto de decir: demasiado egoísta para preocuparse por alguien.

—Bueno, en ese caso...

—¿Qué enfermedad tengo, doctor?

—Leucemia, señorita Ruiz, lamento mucho tener que decírselo a usted.

—¿Leucemia? He oído que es una enfermedad mortal, ¿no es así, doctor?

—Bueno, sí, en general así es, pero siempre hay algo que hacer, algo que intentar y, en este caso, en que el mal no está aún en su completo desarrollo haremos todo lo que esté a nuestro alcance para detenerlo. Hablaré hoy mismo con el señor de la Garza y le haré ver la necesidad de internarla de inmediato en un sanatorio donde reciba usted toda la atención que estos casos requieren.

Angelina escuchaba lo que proponía el doctor sin decir nada, como si estuviera refiriéndose a otra persona y no a ella. Se había quedado anonadada, consternada. Así de pronto, sin preámbulos, sentenciada a muerte, a una muerte tal vez inminente. Y uno nunca está preparado para morir, menos así, cuando no se espera, y que se lo digan sin rodeos, fríamente. Salió del consultorio caminando lenta y pesadamente, agobiada por aquella fatal sentencia.

El señor de la Garza se portó maravillosamente cuando supo por el médico la gravedad del caso. Ordenó que Angelina se internara en el sanatorio Inglés a donde sólo iban los altos empleados de la compañía, y que no se escatimaran gastos en la atención de su secretaria, a quien profesaba gran afecto, porque era la secretaria más educada y eficiente que había tenido.

Cuando la tía Carlota supo que Angelina se iba a internar en el sanatorio Inglés para someterse a un tratamiento, ya que tenía una fuerte anemia, no pudo menos de comentar con su sirvienta que eso eran puras exageraciones de Angelina. "Tener anemia no es nada del otro mundo. Si Angelina tuviera todo lo que yo tengo no sé qué haría y, sin embargo, yo aquí sufriendo en silencio." Estos y otros muchos comentarios hacía a cada momento.

Angelina quedó encamada en el cuarto 253, un sábado 20 de julio. El cuarto era agradable, tenía buena temperatura, bastante luz y vista al jardín. Ella llevó solamente su radio portátil y unos cuantos libros. Y qué maravilloso fue poder permanecer todo el día en una cama tibia, amable, sin tener que hacer aquellos tremendos esfuerzos para levantarse diariamente, ir al trabajo, al supermercado, correr de un lado a otro y atender a todos los caprichos y necedades de la tía Carlota. Poder estar en silencio, pensando, sin oír gritos ni lamentaciones: "es tan triste la vida cuando se está vieja y enferma, todo el mundo se cansa de uno, nadie se preocupa por mí, soy un estorbo, ya no sirvo para nada..." Poder contemplar el cielo desde su cama, los árboles del jardín, ver pasar las nubes, los pájaros; oír los programas de radio Universidad, aquella música celestial que

llenaba su espíritu de una paz infinita. Qué cierto era de que no hay mal que por bien no venga. Qué dulce bienestar la invadía, una tranquilidad nunca soñada.

Por la mañana, cuando hacía buen tiempo, ya que a veces llovía todo el día o estaba nublado y frío, la enfermera la sacaba a pasear al jardín. Como no le permitían caminar sino lo indispensable para que no se debilitara más, la enfermera Esperanza la llevaba en un carrito de ruedas con una manta sobre las piernas, y así recorrían los senderos de grava de ese grande y bien cuidado jardín que tanto le gustaba. Se detenían a saludar a otros enfermos, platicaban con ellos y, después, Esperanza situaba el carrito bajo alguna sombra y ahí permanecían hasta que llegaba la hora de la comida. A veces platicaban. Otras veces Angelina no tenía ganas de hacerlo y entrecerraba los ojos y se perdía en sus pensamientos y en sus recuerdos. Entonces la enfermera sacaba su fotonovela y se ponía a leer.

Casi al fondo del jardín había un pabellón más pequeño y separado de los demás, en donde no se advertía ningún movimiento y a donde nadie entraba ni salía. Esto atrajo la atención, más bien la curiosidad de Angelina, y cuantas veces pasaba por allí o estaba cerca, sentada en su carrito, se dedicaba a observar atentamente algún indicio de vida. Un día le preguntó a la enfermera porqué estaba tan solo ese pabellón.

—Es el Pabellón del Descanso —contestó Esperanza.

—¿El Pabellón del Descanso? Y ¿qué es eso?

—Es a donde traen a los que se mueren. Inmediatamente que ocurre una defunción se los traen a toda prisa, antes de que los demás enfermos se den cuenta y se pongan nerviosos. Y ahí los tienen hasta que llega la familia y ordena a qué agencia funeraria se les envía. Cuando los difuntos no son de la capital y han venido a curarse de algún lugar de la República, permanecen en el Descanso, a veces varios días, mientras llegan los familiares o alguien que los reclame. Claro que en esos casos los preparan debidamente para que aguanten la espera y no se descompongan.

—;Y cuando nadie se muere?

—Pues entonces el Descanso está vacío, así como ahora.

— (Está vacío, así como ahora, está vacío, así como ahora, así como ahora, está vacío, está vacío, así como ahora...) —Angelina repetía dentro de sí las palabras de la enfermera. Esas dos frases la habían conmovido y perturbado. Sin duda removieron algo tan hondo y escondido como un manantial subterráneo.

Desde ese día Angelina le pedía siempre a la enfermera Esperanza que colocara el carrito enfrente o a un lado del Pabellón, como si éste fuera el modelo que ella iba a pintar en un lienzo. Pero el dibujo era interior. Y ella observaba con gran detenimiento e interés aquel edificio un poco diferente de los otros pabellones: más sobrio, más sencillo, pintado de blanco. Era tan agradable, que debería estar siempre lleno de gente, de ruido, de movimiento, y no así sumido en el más completo abandono, rodeado de silencio, como situado en el silencio mismo y en la soledad. "Qué injusto y qué triste", pensaba Angelina.

Algunos días no la querían sacar a pasear, bien porque el día estaba frío o porque Angelina tenía algo de fiebre y podía pescar un resfriado o alguna otra cosa más seria. Ella insistía y volvía a insistir en que le permitieran salir al jardín a dar una vueltecita

solamente. A veces el permiso era negado y ella pasaba todo el día sumida en la depresión y en la angustia por no saber si el Pabellón seguía solo o si estaba ocupado. Esos días Angelina perdía el apetito y la fiebre aumentaba. Con mucho tacto preguntaba por los enfermos más graves: ¿cómo seguían?, ¿estaban igual o se habían empeorado?, ¿cuándo?, ¿cómo?, ¿qué decían los médicos?

Una vez por semana llegaba carta de la Nena, y Billy con sus mejores deseos porque Angelina saliera adelante con su enfermedad. Cartas muy cariñosas siempre, llenas de aliento y optimismo, invitándola a ir a pasar con ellos una buena temporada tan pronto los médicos la autorizaran. Julia, la sirvienta, hablaba dos o tres veces por semana, de parte de la tía Carlota, para preguntar cómo seguía. También de la oficina se informaban de su salud, y los domingos, día de visita, iba alguien enviado por el señor de la Garza a saludarla y saber si estaba bien atendida y si necesitaba alguna cosa. El señor de la Garza fue a verla en dos ocasiones; fueron unas visitas muy breves, pero que ella agradeció enormemente pues, conociéndolo tanto, sabía muy bien lo que detestaba ir a los hospitales y visitar enfermos. Al principio de su internamiento Angelina esperaba el domingo con impaciencia. Le hacía una gran ilusión platicar con alguien de la oficina, conocer las novedades, todo lo que ocurría durante su ausencia. Su trabajo, la oficina, su jefe y sus compañeros eran todo su mundo. Después, poco a poco, empezó a desear que no fuera nadie a visitarla; ya no quería tener visitas, porque le impedían ir hasta el Pabellón, sentarse frente a él, esperando con gran ansiedad que estuviera ocupado o compartiendo su soledad.

Una mañana, como a los dos meses de estar internada, los médicos que la atendían le dieron la noticia:

—Si todo sigue marchando bien, así como hasta ahora, pronto le permitiremos irse para su casa, señorita Ruiz. —La sorpresa la hizo abrir mucho los ojos, sin dar crédito a lo que oía.

—¿A mi casa?

—Tal como usted lo oye. Su enfermedad ha evolucionado favorablemente que podrá dejar el sanatorio en poco tiempo y continuar, en su casa, con el tratamiento.

Los médicos salieron del cuarto y dejaron a Angelina en total desconcierto y turbación. Sus pensamientos eran potros desbocados: "dejar el sanatorio cuando menos lo pensaba, irse para su casa, abandonar el Pabellón, dejar el sanatorio en poco tiempo, dentro de unos días, irse para su casa dejando el Pabellón más solo aún, porque ahora él había encontrado quién lo compadeciera, quién lo entendiera, quién se preocupara por su soledad, por su abandono, eso no contaba en sus planes, irse de allí cuando menos lo esperaba, tener que irse y dejarlo, más solo ahora, más solo y más triste, no podía ser, ella no lo podía aceptar, no podía..."

Señorita Ruiz, su pastilla, señorita Ruiz... esta usted muy pensativa, ¿le preocupa algo?

— No, Esperanza, nada. Estaba distraída, eso todo.

Esa noche Angelina no durmió agobiada por aquel torbellino de pensamientos que se agolpaban en su mente sin lograr encontrar una solución satisfactoria. Cuando la enfermera del turno de la noche llegó, a las seis de la mañana, a tomar la temperatura y los signos vitales, encontró a Angelina despierta y muy decaída por la noche de insomnio, bastante pálida y ojerosa.

—Pero... ¿qué le pasa señorita Angelina? ¿Se siente mal? ¿Le duele algo? Está usted muy pálida y demacrada.

—No, Carmelita, estoy bien —contestó Angelina con voz apagada—; lo que sucede es que no pude dormir en toda la noche, eso es todo.

— ¡Pero qué mala suerte!, ¡tan bien que estaba usted!, ¡tan buena cara que tenía ayer!, parecía que ya no estaba enferma. Ya ve qué contentos se fueron los doctores...

Angelina desayunó con desgano y lentamente, abatida, abismada. Tenía que encontrar una solución cuanto antes pero, ¿cómo?, ¿cuál?, la que fuera, pero ella no podía irse y dejar el Pabellón, sería tan cruel, tan despiadado, sería una traición, sí, eso era justamente, una traición, y ella nunca había...

—Me imagino que hoy no tendrá ganas de salir al jardín a dar su paseo —preguntó Esperanza, sacándola de su ensimismamiento.

—¿Cómo dice? ¡Claro que sí quiero salir! Sabe usted que ese rato que paso en el jardín me hace mucho bien, me gusta tanto ver las flores, el pasto verde, los árboles, los pájaros, respirar hondo aire puro, sentir la tibieza del sol, contemplar el cielo, las nubes, todo, pero ¿para qué perder el tiempo hablando? mejor nos vamos al jardín.

Allí, frente al Descanso, bajo la amable sombra de un fresno, Angelina se sintió reconfortada. Todo cambiaba con sólo poder mirar el Pabellón, su Pabellón, sí, bien podía decirlo, era su Pabellón, le pertenecía porque ella había descubierto su soledad, la había entendido y compartido, ella había compadecido esa larga espera, su silencio profundo, ella había descubierto la gran tristeza de estar siempre solo, siempre vacío, tan pocas veces ocupado y por tan breve tiempo, unas horas, un día o dos y, después, otra vez la espera, la espera, la espera.

—Ya es la una —decía la voz de Esperanza como llegando de muy lejos— hay que regresar o encontraremos la comida fría.

Esa noche tampoco durmió Angelina, pasó la noche entera cavilando. Tenía que encontrar algo, algo que evitara su partida, no podía irse y dejar el Pabellón abandonado, ella no era capaz de una cosa así, no, ella no conocía la traición ni el engaño, sería tan cruel, tan despiadado hacer una cosa así, no podía, no podía, no quería irse, se quedaría allí porque ése era su deseo, pero, ¿qué hacer?, ¿qué objetar? Y así daba vueltas y vueltas en la cama y el sueño ni se asomaba, además ella no quería dormir, quería encontrar la solución que necesitaba y que tenía que hallar pronto, antes de que la enviaran a su casa y la arrancaran para siempre de su Pabellón, ella se iría con una infinita tristeza y un inmenso dolor y él se quedaría más solo aún, sin nadie que se sentara enfrente a contemplarlo y a compadecerlo, a espiar si alguien llegaba, si llevaban a algún muerto, hacía muchos días que no se moría nadie, ¡era el colmo!, con tantos enfermos tan graves como había, y pasaban un día y otro y otro y no se morían; y ella preguntando con gran disimulo, dominando su ansiedad, ¿cómo sigue la señora Escobar?, "pues ay está todavía sufriendo la pobre, es increíble la resistencia que tienen algunas personas, la semana pasada le dieron la Extrema Unción y ay sigue...", ¿y el señor del 305?, "¿don Severo?, pues también en el mismo estado, a veces ya parece que se va y al otro día se reanima, la familia ya está desesperada y también cansada y muy gastada...", ¿y la señora española?, "ay, esa pobre mujer ya más parece muerta que viva, pero todavía respira, cómo ha sufrido la pobre...", eso le

decían, y ella que tenía la secreta esperanza de que alguno hubiera muerto y estuviera ahí en su Pabellón, haciéndole compañía, aunque fuera un rato solamente, pero nadie se moría y el pobre Pabellón condenado a la más terrible e injusta soledad, a la más angustiada de las esperas, eso era su vida, esperar, esperar, esperar siempre, pero, ¿por qué ese terrible destino?, los otros pabellones llenos de gente, sin un solo cuarto vacío y el pobrecito solo... —Otra vez despierta, qué mal está eso, no les va a gustar nada a los doctores —dijo la enfermera de noche.

Desde ese día los médicos acordaron que Angelina tomara un mogadón a la hora de merendar para que durmiera bien. Y así fue. Esa noche Angelina durmió como duermen los niños, con un sueño profundo y reparador. Dados los buenos resultados obtenidos con la medicina, la prescribieron diariamente. Pero Angelina había encontrado de pronto la solución que tanto anhelaba y la cual buscaba desesperadamente a través del insomnio. Esa noche cuando después de merendar le dieron su pastilla, ella fingió que se la tomaba, pero la escondió con todo cuidado. Y así día tras día.

Angelina estaba ahora tranquila, aguardaba pacientemente y contaba sus pastillas como el avaro que con ojos desbordados de codicia cuenta su tesoro diariamente. A pesar de que no tomaba la pastilla dormía bien. Muy quedo, para no molestar a los demás enfermos, escuchaba su música clásica que tanto le gustaba hasta que terminaban los programas a la media noche. Después cerraba los ojos y comenzaba a soñar despierta cómo sería estar ahí, por fin ahí en el Pabellón, *sumidos en su mutuo silencio y la perfecta paz en la misma soledad en la larga y dolorosa espera a través de la vida a través del opaco y gris peregrinar sin eco sin resonancia sin sentido en el largo vacío sin comunicación identificados plenamente confundidos y completos realizados...* "sí, es perfecto" —se dijo Angelina aquella noche y decidió no retardar más ese sueño tantas veces soñado.

EL ABRAZO

Sentada frente a la ventana se entretenía mirando las gotas de agua que se deslizaban por los cristales. Era una lluviosa y oscura noche de otoño, una de esas noches en que la lluvia cae lenta y continuamente con monotonía de llanto asordinado, de ese llanto que se escucha por los rincones de las casas abandonadas. Desde su asiento podía ver los relámpagos que centelleaban en aquel sombrío horizonte de siluetas de edificios, iluminados sólo breves instantes con la luz de los rayos. De vez en cuando se recargaba sobre la ventana y se ponía a contemplar la calle solitaria y la lluvia que caía sobre las viejas baldosas formando charcas o fugándose en corrientes. Era casi todo lo que podía hacer en esas noches cuando el deficiente alumbrado de la ciudad bajaba considerablemente o se interrumpía por intervalos, debido a las constantes descargas eléctricas. Noches tristísimas en que sentía el peso de un pasado plenamente vivido, y la soledad presente que la envolvía como ese inmenso silencio, sólo cortado por los truenos, los aullidos de los perros que los vecinos amarraban, o por el viento azotando puertas y ventanas. Cansada de mirar la calle desierta tomó su labor de gancho y se sentó a tejer, a tejer también sus recuerdos cuando ella, Marina, lo esperaba noche tras noche espiando su llegada por entre los visillos de la ventana, inquietándose hasta la muerte si él no venía a tiempo. A medida que los minutos pasaban se iba poniendo más nerviosa, se miraba al espejo cada cinco minutos empolvándose la nariz una vez y otra, se ponía perfume, crema en las manos, se peinaba, volvía a peinarse, de nuevo perfume, se limaba las uñas, enderezaba la línea de las medias, intentaba leer pero ninguna lectura lograba interesarla y botaba el libro con disgusto; iba y venía por la casa consultando el reloj, despejo, corría a la ventana. ¡Cuántas veces había llorado temiendo que algo le hubiera ocurrido, o que ya no la quisiera más y no regresara nunca! También se atormentaba pensando que estuviera con otra mujer, y sollozaba estropeando lamentablemente el maquillaje, consumiéndose de dolor y desesperación hasta que por fin oía la llave dando vueltas en la cerradura... El largo chirrido, como un doloroso lamento, de una puerta que el viento abrió la hizo estremecer, y la ráfaga de aire que llegó hasta ella fue como un aliento frío junto a su cara, un leve soplo helado. Marina se acomodó el chal de lana y fue a cerrar la puerta. Volvió a sentarse y continuó su tejido. Raquel la había enseñado a tejer, Raquel, y una gran nostalgia la invadió al evocar el nombre de su amiga, su única amiga. Desde la escuela habían sido inseparables, Marina le contaba todas sus cosas a pesar de que Raquel siempre censuró su manera de ser y de pensar y a toda costa quería cambiarla. Era natural que Raquel, educada dentro de una moral demasiado rígida y llena de escrúpulos, no pudiese aceptar ni aprobar nada que se saliera de sus principios, pero a pesar de todo había sido su gran confidente. ¡Qué lejanas y diluidas en el pasado estaban aquellas tardes cuando tomaban el té en el saloncito con muebles Luis XV de la casa de Raquel! Allí hablaban horas y horas, hasta que la tarde caía y ella se iba casi corriendo para arreglarse y esperarlo. "Nunca creí ser capaz de amar tanto, Raquel", le decía siempre, y Raquel expresaba su desaprobación moviendo la cabeza, y esbozaba una sonrisa sin decir nada. ¡Cómo le dolió cuando Raquel se casó y se fue a vivir a Viena, nada menos que a Viena, un lugar tan distante. Ella se había sentido muy triste y deprimida el día de la boda, como si tuviera el presentimiento de perderla, presentimiento que se realizó

muy pronto. Nunca le habían gustado las bodas, y a muy pocas había asistido. A la de Raquel, y a aquella otra. Aquella que decidió su vida... Estrenó vestido y sombrero, un vestido de encaje lila que todos opinaron que era muy hermoso; pero ella no se sentía contenta, le molestaba, no, no era sólo eso, se trataba de algo más grave; le dolía mucho, muchísimo, más de lo que nunca hubiera podido imaginar, que se casara él, el amigo que tanto quería desde la infancia, quien había estado siempre tan cerca de ella en todos los momentos alegres y dolorosos. Durante la misa no pudo contenerse y había llorado desconsoladamente y sin importarle nada, en aquella iglesia pletórica de gente elegantísima, de flores y de música. Sabía que resultaba absurdo y sobre todo cursi ir a llorar a una boda, pero su sentimiento era superior a toda formalidad y simulación. No soportaba verlo uniéndose para siempre con una mujer insignificante, vulgar, sin ningún atractivo; no, no podía soportarlo porque supo entonces, con toda certeza, que lo amaba y lo quería sólo para ella. Después de la ceremonia fue con Raquel a la sacristía a felicitar a los novios. Raquel no le había lecho ningún comentario hasta ese momento, pero era innegable que había descubierto lo que le pasaba. Al abrazarlo no pudo impedir que volvieran a brotar las lágrimas. "Es absurdo, ¿no crees?", fue lo único que se le había ocurrido decir, pero en los ojos de él y en el mutuo temblor del abrazo vio que no era absurdo y que la vida comenzaba para los dos en ese instante... Nunca volvió a saber nada de Raquel. Desde que se fue a vivir a Viena, no había recibido ni una carta en todos esos años. Tal vez el marido, más lleno de prejuicios que la misma Raquel le había prohibido su amistad, tal vez... ¿Quién lo podía saber? Los había perdido casi al mismo tiempo. En unos cuantos meses se quedó completamente sola; pero Marina prefería recordar otras cosas, otros momentos que habían llenado su vida. Aquellas noches en las que ella, ahora, hubiera querido haberse muerto de placer entre sus brazos, habría sido hermoso haber muerto así; las manos enlazadas, las bocas unidas, una sola respiración, un solo estremecimiento y, después... Marina comenzó a percibir un olor, como de azahar o de limón o de hojas de naranjo, un perfume que invadía la habitación. Se olió las manos, no olían a nada, a jabón quizá; aspiró hondamente; era el olor que tanto le gustaba, el olor de él, a limpio, a lavanda. "Los aromas permanecen como los recuerdos, se quedan para siempre." Cuando él se iba, Marina buscaba en el lecho el olor de su cuerpo y volvía a dormirse pensando que seguía a su lado. Cuando se lo contaba, él se reía. ¡Cómo le gustaba verlo reír!, se veía más joven aún, con ese mechón rubio que al primer descuido le caía sobre la frente, y esa como mueca irónica que hacían sus labios tan finos y bien dibujados. Era tan niño cuando se reía. Cuánto lo había amado, cuánto lo amaba, tanto, que ella estaba allí, sin tiempo, sin importarle ya nada, lejos de todo y de todos, confinada, sólo recordando momento tras momento, palabra por palabra, como si no hubieran pasado los años, como si sólo ayer... Y Marina sintió una imperiosa necesidad de verlo, de saber cómo había sido. Se levantó y fue a buscar un cofre donde conservaba cartas, retratos, un pañuelo, flores secas, y todas esas pequeñas cosas que se van guardando... Ahí estaba rodeado de los maestros el día de su recepción de abogado; al contemplarlo Marina sintió como un hormigueo que le subía por las venas y un sollozo que la ahogaba. Una descarga eléctrica sacudió la noche y la luz se fue. Marina se quedó inmóvil con el cofre abierto esperando que volviera. Lentamente las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas, después de tanto tiempo de no poder llorar. Cuando creía que ya las había agotado todas, llegaban ahora, como una lluvia

tibia, a refrescar los ojos ardidos por la falta de sueño. El débil resplandor de una lamparilla de aceite, que acostumbraba tener en su recámara, dejaba llegar hasta la sala una leve claridad. Conservaba esa lámpara encendida constantemente, porque quería que fuera como un testimonio de su amor intacto. Al regresar la luz contempló la fotografía humedecida por las grimas... Llevaba un traje oscuro la noche de la recepción, se veía muy serio, los nervios sin duda, era muy nervioso, demasiado nervioso, más de lo que sus amigos pensaban, siempre tenía las manos frías y húmedas, ella se las tomaba entre las suyas hasta lograr quitarles la rigidez y calentarlas, sus manos delgadas, largas... En aquella otra fotografía estaban los dos, con amigos... Después de la cena habían bailado, bailaba muy bien, recordó aquel paso tan suyo como si arrastrara un poco el pie al dar las vueltas, era bastante alto, ella le llegaba hasta el hombro y ahí recostaba su cabeza, siempre bailaban estrechamente abrazados como si fueran un solo cuerpo, y ella revivió un hondo estremecimiento, una vibración de todo su ser, a su solo recuerdo. Un poco mareados por los cocteles habían ido a dar un paseo a la Presa, ella se quitó los zapatos y había corrido descalza por la cortina... Marina escuchó unas leves pisadas como si alguien hubiera entrado en la sala, ese ruido de la madera vieja cuando uno camina. "Son sólo los muebles que rechinan y truenan con la humedad, las cómodas, las mesas, las sillas, todo cruje, todo se lamenta, las he oído tantas veces, de noche todos los ruidos se agrandan, el tic tac del reloj que durante el día apenas se escucha, en el silencio de la noche es como un péndulo imponente"... Él se había quedado fumando, recargado sobre el pretil de la cortina de la Presa, mirándola correr, sin decir nada, se veía tan pálido bajo la luz de la luna llena, tan terriblemente..., tan terriblemente pálido y hermoso como ahora que la contemplaba inmóvil y sereno allí, de pie cerca del piano. Marina se fue incorporando mientras su corazón golpeaba sordo y acelerado, y colocó el cofre sobre una mesa que estaba a su lado. Se quedó sin saber qué hacer ni qué pensar, paralizada, como si de pronto hubiera caído en el vacío, debía ser la sorpresa, la emoción de volver a verlo cuando ya no abrigaba ninguna esperanza y, también, ¿cómo entenderlo, cómo explicárselo?, el no saber si sería su cuerpo, ese cuerpo que ella conocía tan bien, o si sólo sería humo o algo que se deshiciera entre sus manos, ella había visto la caja bajando hacia la fosa, también entonces se había preguntado una y mil veces si era él, su cuerpo, el que estaba dentro de aquella caja metálica que no había podido abrir, porque resultaba superior a sus fuerzas y porque no era posible que él estuviera ahí dentro, rígido, muerto, alguien había insistido en que lo viera, que eso era lo mejor, otros opinaron que no soportaría ver su rostro destrozado, después empezaron a echar la tierra, las palas de los enterradores fueron llenando la sepultura, aquella tarde neblinosa y fría de noviembre... No, no podía moverse, era como si hubiera enraizado y no consiguiera romper esos cuantos pasos que los separaban y correr hacia él, echarle los brazos al cuello como antes cuando lo veía llagar, no se atrevía a tocarlo y era lo que más deseaba, lo que esperó tanto tiempo, nunca pudo contenerse ante él, invadida por una vehemencia irrefrenable, una pasión que la precipitaba hacia sus brazos, quería abrazarlo, besarlo, recorrer su cuerpo reconociéndolo todo..., pero el humo, el polvo, los huesos solos, no podía dejar de pensar en esas cosas, quitarlas de su mente, no, no podía, pero que él no la mirara así, así, de esa manera...

—¡No, por Dios!, no me mires así —gritó Marina :y comenzó a sollozar sordamente cubriéndose el rostro... Cuando se enojaban ella siempre lloraba y decía muchas cosas lamentándose de su crueldad, él se quedaba serio y callado, pensativo, mirándola con esa mirada suya llena de tristeza, como un reproche mudo, una forma de decirle que no lo atormentara con tonterías, con esa misma mirada con que ahora... Los aullidos de los perros llenaron la noche. Marina cesó de llorar y alzó la cabeza.

—No te sobresaltes, amor, sólo son los perros que aúllan en la noche y el viento que mueve las puertas, no hay nadie más en esta casa, sólo tú y yo, separados por unos cuantos pasos, invadidos por un deseo de años, ha sido tan larga la ausencia, déjame que te cuente de esas eternas noches en que te llamaba hasta quedar sin voz y sólo un ruido áspero y seco salía de mi garganta enronquecida, y en que sublevada por no verte más, me golpeaba furiosamente contra los muros y las cosas hasta caer desfallecida y muerta de desesperación sobre la cama, en esa cama dura que nunca te gustó y que hacía tanto ruido, ¿te acuerdas?, espera, no te muevas, espera un poco más, ya no sé lo que te estoy diciendo, pienso tantas cosas deshilvanadas, yo no sé lo que es la muerte, nunca lo he entendido, pero tú no estás muerto, estás igual que antes, y si lo estuvieras no está muerto mi amor ni el tuyo, y estamos solos, solos y juntos con la misma ansiedad de poseernos, se ha parado el reloj, ¿escuchas?, ya no hay tiempo, podremos amarnos sin relojes que nos amenacen con el martilleo de sus horas, sin que tengamos que separar nuestros cuerpos nunca más, ¡ah! qué duro era cuando te desprendías de mí y te apresurabas a vestirme y a marcharte antes de que amaneciera y alguien pudiera descubrirte saliendo de mi casa, qué doloroso era verte partir diariamente, cuando la puerta se cerraba tras de ti yo corría a la ventana, hasta mirarte desaparecer entre las sombras de la calle, después me tendía en la cama con los ojos abiertos a reconstruir todos los instantes, te esperé mucho, mucho tiempo, ya no sé cuántos años, largas noches pegada al cristal de la ventana espiando las sombras que pasaban por la calle, corriendo después tras alguien que podía ser tú, hasta lograr verle la cara descubrir otro rostro que no me decía nada, un día perdí la esperanza de que volvieras y he vivido todos estos largos, eternos años, sólo de tu recuerdo, te he acordado siempre, a todas horas, a cada momento, sobre todo de noche cuando llueve y uno se siente tan solo y sin consuelo, oyendo la lluvia caer interminablemente, espera, amor, espera un instante más, tengo que decirte que no estoy igual que antes, tú sabes, uno deja de comer y de dormir y se enflaquece, pero no digas nada ni te pongas triste, aún puedo darte el mismo amor, el mismo placer, ven ya, amor, ven, abrázame fuerte.

ÁRBOLES PETRIFICADOS

Es de noche, estoy acostada y sola. Todo pesa sobre mí como un aire muerto; las cuatro paredes me caen encima como el silencio y la soledad que me aprisionan. Lluve. Escucho la lluvia cayendo lenta y los automóviles que pasan veloces. El silbato de un vigilante suena como un grito agónico. Pasa el último camión de media noche. Media noche, también entonces era la media noche... Reposamos, la respiración se ha ido calmando y es cada vez más leve. Somos dos náufragos tirados en la misma playa, con tanta prisa o ninguna como el que sabe que tiene la eternidad para mirarse. Nada que no sea nosotros mismos importa ahora, sorprendidos por una verdad que sin saberlo conocíamos. Nos hemos buscado a tientas desde el otro lado del mundo, presintiéndonos en la soledad y el sueño. Aquí estamos. Reconociéndonos a través del cuerpo. Nos hemos quedado inmóviles, largo rato en silencio, uno al lado del otro. Tu mano vuelve a acariciarme y nuestros labios se encuentran. Una ola ardiente nos inunda, caemos nuevamente, nos hundimos en un agua profunda y nos perdemos juntos. Suspiras. Yo también. Estamos de vuelta. Ha pasado el tiempo, minutos o años, ya nada está igual. Todo se ha transformado. Se abren jardines y huertos; se abre una ciudad bajo el sol, y un templo olvidado resplandece. Afuera transcurre plácida la noche y en el viento llega un lejano rumor de campanas. No quisiera escucharlas. Suenan a ausencia y a muerte, y me ciño de nuevo a tu cuerpo como si me afianzara la vida. La desesperanza florece en una pasión que está más allá de las palabras y las lágrimas. "Es muy tarde" dices. "Tendrás que irte..." Me siento al borde de la cama como si estuviera a la orilla del mundo, del espacio en que hemos navegado como planetas reencontrados. Te contemplo vistiéndote con prisa y sin cuidado, yo me pongo una bata con desgano y tengo que hacer un gran esfuerzo para levantarme y caminar hasta la puerta a despedirte. No hablamos. Pueden oírnos y descubrir que nos hemos amado apresurada y clandestinamente en esta noche que empieza a caérseme en pedazos. Las campanas siguen tocando y llegan cada vez más claras en el viento de la madrugada, su sonido nos envuelve como un agua azul llena de peces. Llegamos cogidos de la mano hasta la puerta y nos besamos allí como los que se besan en los muelles. La puerta se cierra tras de ti y es como una página que termina y uno quisiera alargar toda la vida. No logro entender que ya te has ido y que estoy de nuevo sola. Abro la ventana y el aire frío del amanecer me azota la cara. Tiemblo de pies a cabeza y comienzo de pronto a sentir miedo, miedo de que mañana, hoy, todo se desvanezca o termine como niebla que la luz deshace. Vivimos una noche que no nos pertenece, hemos robado manzanas y nos persiguen. Quiero verme el rostro en un espejo, saber cómo soy ahora, después de esta noche... Ha llegado. La llave da vuelta en la cerradura. La puerta se abre. Voy a fingir que duermo para que no me moleste, no quiero que me interrumpa ahora que estoy en esa noche, esa que él no puede recordar, noches y días sólo nuestros, que no le pertenecen. Ha entrado a ver si estoy dormida, me está mirando, suspira fastidiado, enciende un cigarrillo, busca junto al teléfono si hay recados, sale, camina por la estancia, conecta el radio, ya no hay nada, es tarde, sólo *music for dancing*, recorre todas las estaciones, va hacia la cocina, abre el refrigerador, no ha de haber cenado, dijo que no le guardara nada, hay un poco de pollo, si quiere puede hacer un sandwich, ya tiró algo, siempre tan torpe, está cantando

ahora, debe estar muy contento. Sigue lloviendo. Suenan las llantas de los automóviles en el asfalto mojado. También aquel día había llovido en la madrugada y la mañana estaba un poco fresca, ¿te acuerdas...? Llegaste muy temprano con un ramo de claveles rojos; yo me quedé con ellos entre las manos... No sé bien lo que te estoy diciendo, he caído dentro de un remolino de sorpresas y turbación. Nunca me han regalado flores, es la primera vez, quisiera decírtelo pero empezamos a hablar de cosas que no nos pertenecen mientras yo arreglo los claveles en un florero. Tú miras los libros del estante y los hojeas mostrando un desmedido interés. Sé que los dos estamos huyendo de este momento o de las palabras directas, de una emoción que nos aturde y nos ciega como una luz incandescente. Nos quedamos suspendidos sobre el instante mientras un claxon suena en la esquina como si sonara en el más remoto pasado. Ese pasado antes de ti que ahora se desvanece y pierde todo sentido. Sólo tienen validez estos momentos tan honda y confusamente vividos dentro de nosotros mismos. Nos sentamos junto a la ventana y miramos hacia afuera como si estuviéramos dentro de una jaula o de una armadura. Quisiera vivir este mismo instante mañana, en un día abierto para nosotros. Pienso en una ciudad donde pudiéramos caminar por las calles sin que nadie nos conociera ni nos saludara, estar tirados en una playa sola o vagar por el campo cogidos de la mano. Quisiera conocer contigo el mundo, quisiera entrar contigo en el sueño y despertar siempre a tu lado. Te miro fijamente, quiero aprenderte bien para cuando sólo quede tu recuerdo y tenga que descifrar lo que no me dices ahora. Una parte de mi vida, estos minutos, se van contigo. No sé decir las cosas que siento. Tal vez algún día te las escriba sentada frente a otra ventana. No sé tampoco hasta dónde soy feliz. Cada despedida es un estarse desangrando, un dolor que nos asesina lentamente. Estamos llenos de palabras y sentimientos, de un silencio que nos confina en nosotros mismos. Tal vez esta habitación nos queda demasiado grande o demasiado estrecha y por eso no sabemos qué hacer con nuestros cuerpos y las palabras. Miras el reloj. El tiempo es una daga suspendida sobre nuestra cabeza. Después vendrá la tarde vacía como esas cuando no estás conmigo, cuando nos separamos y nos falta la mitad del cuerpo... Siento que me está mirando fijamente y suspira, debe estar cansado, bosteza, ha de ser ya muy tarde, bosteza otra vez y comienza a desnudarse. La ropa va cayendo sobre la silla, la cama se hunde cuando se sienta a quitarse los zapatos. Se mete bajo las cobijas pegándose a mi cuerpo y su mano empieza a acariciarme. Quisiera poder decirle que no me toque, que es inútil, que no estoy aquí, que sus labios no busquen los míos, yo ya he salido, estoy lejos conduciendo el automóvil por la avenida de los sauces, oyendo el zumbido de las llantas sobre el pavimento, viendo de reojo como avanza la aguja en el cuadrante, 70, 80, las casas y los árboles pasan cada vez más rápido, 90, 100, una niña llora sentada en la banqueta, necesito llegar pronto, la calle se alarga hasta la eternidad, un hombre me saluda y sonrío, no quiero hacerte esperar, paso las luces rojas, sólo importa llegar, me has estado esperando a través de los días y los años, a pesar de la dicha y la desdicha, por eso es tan cierto nuestro encuentro, no hay otra manera de decirlo. Corro hacia ti y nos abrazamos largamente. Caminamos cogidos de la mano. Caminamos hacia el fin del mundo. La noche ha caído sobre nosotros como una profecía largo tiempo esperada. Las calles están desiertas, somos los únicos sobrevivientes del verano. Este viejo jardín nos estaba esperando. El tiempo ha dejado de ser una angustia. Estamos tan completos que no deseamos hacer nada, sólo sentarnos en esta

banca y quedarnos como dos sonámbulos dentro del mismo sueño. Los pájaros revolotean entre las ramas, caen hojas. Estamos unidos por las manos y por los ojos, por todo lo que somos hoy y hemos logrado rescatar de la rutina de los días iguales. Aquí sentados hemos estado siempre, aquí seguiremos sin despedidas ni distancias en un continuo revivir. Suenan las doce en esta noche perdurable. Han pasado mil años, han pasado un segundo o dos. Los pájaros revolotean entre las ramas, caen hojas. Miramos la fachada de una vieja iglesia entre la bruma cálida del amanecer. Miramos las columnas y los nichos como a través de un recuerdo. No hables ahora, guárdame en tus manos. Conserva la moneda, tu rostro y el mío, para tardes lluviosas en que el tedio pesa enormemente. Todo sentimiento aparte de nosotros se ha borrado. Velada por nubes altas pasa la luna como una herida luminosa en el cielo negro. Los pájaros revolotean entre las ramas, caen hojas. Se anudan las palabras en la garganta, son demasiado usadas para decirlas. Vivimos una noche siempre nuestra. Me afianzo a tus manos y a tus ojos. Es tan claro el silencio que nuestra sangre se escucha. El alumbrado de las calles ha palidecido. Ni un alma transita por ninguna parte. Los árboles que nos rodean están petrificados. Tal vez ya estamos muertos... tal vez estamos más allá de nuestro cuerpo...

ÍNDICE

EL PATIO CUADRADO	5
LA RUEDA	10
LA NOCHE DE LAS GUITARRAS ROTAS.....	13
GARDEN PARTY	17
GRISELDA	24
EL ÚLTIMO VERANO.....	28
ÓSCAR	32
LA CARTA.....	39
ESTOCOLMO 3.....	42
EL PABELLÓN DEL DESCANSO	46
EL ABRAZO	53
ÁRBOLES PETRIFICADOS	57